

**EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL  
COMO EXIGENCIA  
DE UNA  
ESPIRITUALIDAD DE LA LIBERACION**

**Carlos Cabarrús**



## INTRODUCCION

Mucho se ha escrito sobre la teología de la liberación, tanto para profundizarla como para atacarla. Se ha escrito menos sobre la "espiritualidad de la liberación" aunque están saliendo buenos libros y artículos emanados todos del compromiso con la causa de los pobres. Dentro de este contexto resulta todavía menos común hablar del "Acompañamiento espiritual, como exigencia de una espiritualidad de la liberación". En primer lugar no será fácil descubrir para muchos qué se quiere decir con "acompañamiento espiritual". Usamos ese término para designar lo que en otro tiempo se llamaba "dirección espiritual", pero que lo hemos descartado por sus posibles connotaciones impositivas y paternalistas.

Por otra parte, esto de "dirección espiritual" o con su nueva traducción de "acompañamiento", suena de salida a algo muy vinculado al mundo clerical; es un implemento utilizado, se pensará, principalmente por "monjas y curas"; por tanto, algo como "de lujo" que no está a la disposición de cualquier creyente. También es cierto, que quizás todos han conocido a tal o cual padre que es famoso por sus "dirigidas espirituales", con mucha frecuencia personas todas bastante holgadas en recursos materiales... Esto quizás prejuzgue el sentido verdadero que pueda tener el "acompañamiento espiritual".

Nada de "eso" se quiere tratar aquí. Me gustaría que este trabajo pudiera tener como destinatarios principales a mujeres -que están excluidas de las jerarquías religiosas-

y laicos -quienes siempre padecen el excesivo paternalismo de la clerecía.

Digo que me encantaría que ellos fueran los que se aprovecharan de este estudio porque estoy seguro que podrían sacar mucho fruto al darse cuenta que es tarea de todo cristiano apoyarse mutuamente en la búsqueda de hacer nuestra respuesta al llamado de Dios, lo más congruentemente posible: "Arrimen todos el hombro y las cargas de los otros, que con eso cumplirán con la ley del Mesías" (Gal 6,2).

Como veremos, nuestra opinión es que el "acompañante espiritual" es una persona -mujer u hombre- cuyas únicas características sean que tenga la habilidad de hacer compañía (ya veremos adelante los requisitos), y que posea "densidad eclesial", lo cual quiere decir que represente de alguna manera la comunidad -en cualquiera de sus niveles- que es la Iglesia. Y esto lo puede personificar cualquier simple fiel, -por el mismo bautismo- siempre que tenga el entrenamiento adecuado.

Nuestro enfoque es que el "acompañamiento espiritual" (AE, de ahora en adelante), sólo se comprende correctamente -en nuestras latitudes- enmarcado dentro de una espiritualidad de la liberación y que en ese sentido se vuelve una exigencia de ella. Es decir, que sólo en la medida en que contemos con alguien que nos acompañe en este caminar tenemos más posibilidades de llegar a puerto. Ya hemos hablado en otra parte de cómo ha surgido en Latinoamérica la necesidad y la peculiaridad del discernimiento; decíamos que era el correlato al análisis de coyuntura tan necesario para poder actuar en un mundo sumamente complejo y donde todo tiene un peso político (cfr. La Osadía de dejarse llevar, **Diakonia**, 2a ed., Número Especial. Managua, 1987). Para hacer un correcto discernimiento siempre es necesario el cotejar lo que se está analizando con alguien, como decíamos, con "densidad eclesial". En el transcurso del artículo creemos que quedará bastante clara la exigencia de este acompañamiento para el buen caminar en el Espíritu.

Siendo, por otra parte, uno de los objetivos del acompañante el ser testigo de la obra del Padre, en su esfuerzo por conformarnos a la imagen del Hijo, gracias a la acción del Espíritu, la acción del acompañante estará necesariamente vinculada al papel del Espíritu: quien siempre y sobre todo en el NT, está posándose sobre el Hijo para identificarlo, acompañándolo en las pruebas, -en el momento de la cruz- y en la acción de resucitarlo. Por tanto, estar en sintonía con el Espíritu quiere necesariamente decir estar cerca de donde el Hijo se incorpora actualmente: en los empobrecidos, en los enfermos, en los necesitados, en los torturados. Es participar de la acción del Espíritu de identificar allí a Jesús y querer luchar por liberarlo y colaborar con su resurrección total. De allí que el requisito para poder ser acompañante sea la vinculación con el Cristo pobre y la lucha por liberar a ese Cristo que "es todavía futuro para sí mismo" (Barth).

Es desde esa sintonía con el Espíritu con la que uno puede realizar la típica labor de un acompañante. Esa tarea es llevar adelante "la gracia propia del Espíritu (silenciosa, invisible y penetrante), que no pretende darse a conocer a sí mismo, sino que tiene su gozo en hacer conocer a las otras dos personas, de la que él es vínculo de unión y consumación perfecta" (Laplace, Jean. **El camino Espiritual, a la luz de los Ejercicios Ignacianos**, Sal Terrae, Santander, 1988). El acompañante es un reflejo de ese Espíritu -quien siempre emplea mediaciones humanas- para el acompañado. Es un representante de la comunidad que calibra la bondad de los dones que el acompañado recibe para la edificación de este cuerpo herido que busca su salud.

Este trabajo, con todo, no brotó de una inquietud personal por escribirlo. Se nos hizo una encuesta de ocho preguntas (los ocho capítulos de este artículo) a varios jesuitas sobre la dirección espiritual. De allí surgió la idea de retrabajar lo que había previamente contestado y publicarlo en forma unitaria. Las preguntas versaban sobre dos pivotes: el AE y el enfoque de los Ejercicios Espirituales como ayuda en todo ello. Eso en sí ya da una unidad a

lo que presentamos. Sin embargo, la unidad más profunda reside en el **desde dónde** se escribe sobre el AE, a la luz de los Ejercicios Ignacianos. El objeto formal del artículo es el mundo del Cristo sufriente en la humanidad, por una parte, y por otra, el hecho de que las personas que hay que acompañar tienen todas un gran porcentaje de heridas; son gentes en necesidad de curación integral previa o concomitante al camino del Espíritu. Esto ya nos da, de alguna manera, el **hacia dónde** de todo el trabajo -otra fuente de unidad-: se habla del AE como un factor que ayuda a esas personas heridas a ser sujetos de sí mismas y a colaborar entonces en la resurrección del Cristo sufriente. El último elemento que colorea la reflexión es quien lo escribe. Soy jesuita, sacerdote y Maestro de Novicios. Todo ello condiciona la experiencia y la forma de presentar los datos. No puedo sino hablar de mis vivencias como acompañante dentro de una metodología ignaciana y en la tarea de ayudar al Señor a troquelar vocaciones a la Compañía<sup>1</sup>. De allí que todo el trabajo rezuma los Ejercicios Espirituales, el problema vocacional y las coordenadas de la vida en la Compañía de Jesús. Con todo, la dedicatoria sigue siendo la que señalamos al comienzo: a todos los de buena voluntad que quisieran ayudar a sus hermanos en alistarse a la tarea del Reino. Pido, entonces, de antemano excusas por el demasiado acento jesuítico de todo el escrito. ¡Algo podrá ser salvable!

El artículo está, por tanto, basado en las respuestas a la encuesta que me hicieron tocar aspectos que, a no ser por ella, nunca se me hubiese ocurrido enfocar. Aunque las preguntas no estaban interrelacionadas, sin embargo se puede encontrar un movimiento en esas preguntas que configuran un todo bastante entramado. Este es su dinamismo interno:

- Renacer del AE.
- Los nuevos objetivos.
- La metodología: los Ejercicios Espirituales.
- La realidad como lugar de confirmación.
- Signos de crecimiento espiritual: compartir la lucha de los pobres.

- Los lastres sicológicos.
- El AE y las otras instancias de ayuda.
- El contexto comunitario.

Sin embargo, mantendré el nombre original de la encuesta para cada capítulo, ya que fueron esas preguntas las generadoras del presente estudio.

Si este artículo abre la discusión al papel del AE, o si suscita el interés en formarse más concienzudamente para atender mejor a los que nos piden acompañamiento, o si establece interpelaciones personales sobre cómo nos dejamos ayudar en el camino de la fidelidad al Señor y a su pueblo, creo que se ha logrado la finalidad de este esfuerzo.

## **1. LA DIRECCION ESPIRITUAL Y LA EXPERIENCIA ECLESIAL POST VAT. II**

### **-Renacimiento del acompañamiento espiritual-**

Se comienza a apreciar de nuevo en la Compañía y en las diversas congregaciones religiosas lo que se podría llamar dirección espiritual o cualquiera de las "traducciones" del fenómeno así denominado anteriormente.

Lo interesante es que el "Acompañamiento Espiritual" ha vuelto a tomar auge y relevancia. Lo que es obvio es que esta práctica, como tantas otras cosas en la vida religiosa y en la Iglesia, estaba en crisis.

Pero la crisis no es un fenómeno eclesial únicamente. Nosotros como personas de Iglesia tenemos instancias históricas que nos ayudan a comprender un cambio fundamental de las dimensiones y de las coordenadas que rigen la historia que vivimos -en este caso propiamente eclesial- como lo fuera el Concilio Vaticano II.

El Concilio marca -a nivel de toma de conciencia- una nueva época y un giro en el papel de la cultura que deja de ser desde entonces obviamente cristiana y occidental más en concreto en la autocomprensión de la Iglesia. Ella ahora no se ubica sino dentro de las fuerzas del mundo. No será más la "señora", sino pretende ser la sierva de



todos. Los gozos y las tristezas de la gente se convierten en sus gozos y tristezas. Más aún, ceja en su concepción prepotente de poseer toda verdad y se lanza a querer encontrarla junto con las personas de buena voluntad.

Esto que plasma el Concilio en sus documentos es sólo una teorización (teologización) de lo que le estaba aconteciendo al mundo. El Concilio refleja la crisis de valores por la que atraviesa sobre todo el llamado mundo occidental. Esta parte de la humanidad (que no es ni la más numerosa ni la mayor geográficamente) experimenta el principio de la pérdida del nudo de cohesión del sistema: el derrumbamiento de lo religioso-moral como quicio y vértice de las sociedades. Y este desplome no se da sólo principalmente por el influjo de ideologías ateizantes sino por los límites mismos del sistema imperante y como fruto del materialismo consumista que vivía un proceso de expansión después de la 2ª Guerra Mundial.

Los años sesenta son escenarios del final de los colonialismos descarados de Europa, lo cual, por su parte, implica una restauración y un reajuste de los mecanismos económicos junto con un hecho nuevo, el surgimiento de un nuevo agente global: el Tercer Mundo. Este último comenzará a hacerse notar, a hablar, a tomar sus propias decisiones; en definitiva comenzará a hacer "estorbo" a las políticas prepotentes occidentales. Todo ello hace crisis profunda en los pueblos -también se refleja aun en el mayo francés- en las economías y en las guerras de liberación nacional. Esto también toca a la misma Iglesia.

Estas fuerzas desestabilizadoras del "orden establecido" hacen mella en las instituciones eclesiásticas, en la vida religiosa, sobre todo en aquellos que son mucho más sensibles a la naturaleza humana: la comprensión del celibato como obligación ligada al sacerdocio y la obediencia frente a una estructura que estaba toda ella sometida a juicio y en entredicho. Vienen entonces las salidas masivas de "gente de Iglesia", de religiosos, en nuestro caso de muchísimos jesuitas. Hubo momentos de pérdida del papel de la autoridad. El peso eclesiástico comenzaba a caer.

Ondas ambiguas recorrían la institución eclesial. El Concilio mismo hacía perder el miedo ante la novedad de un mundo distinto al que nos enfrentábamos. Mucho de lo positivo estamos ahora cosechándolo. Pero junto a ello se introducían, como mala hierba, secularismos, desvalorizaciones de lo positivo que existe también en la Tradición.

A nivel de la Dirección Espiritual se da obviamente una crisis. Si la autoridad se está enjuiciando, si se asiste al auge del sicologismo y sus líneas menos directivas, si se está siendo testigo de un fenómeno contra toda norma (¡prohibido prohibir!), poco campo le quedaba a la dirección espiritual. La práctica en las diversas provincias de la Compañía de Jesús -sobre todo las grandes- era una atención masificada en nuestros noviciados y centros de estudios con un cuestionario casi de rutina que se basaba en la pregunta si uno se encontraba a gusto con la vocación.

La parte positiva de este movimiento es que redescubre el valor de la persona humana, lo inapreciable de la conciencia, de la libertad como algo inalienable. Se da cuenta de que "es el propio hombre quien decide su propio destino, bajo la mirada de Dios" (GS 14). Frente a esta riqueza encontrada en la persona y contrastada con la tendencia a desvalorizarla, se hacía difícil "vender" la dirección espiritual. Esta última había enfatizado, además, la palabra "dirección", colocando muchas veces a las personas en la categoría de infantes a los que se debía indicar y dirigir sin dejar que se desarrollaran con espontaneidad las riquezas y potencialidades individuales.

Veinte años después, -los años ochenta- son el teatro de intentos de resolución de la crisis y síntesis de lo acaecido. Hay un movimiento que pretende asumirlo todo desde la perspectiva del integrismo y de la involución. De esto tenemos muchos datos, fenómenos y movimientos que marchan marginalmente a la corriente de la Iglesia. Esta tiende a ser más bien integradora de lo acaecido pero con un temor básico, que no le da la libertad de los hijos de Dios para leer verdaderamente los signos de los tiempos.

Existe también un núcleo, quizás más bien en derredor de la vida religiosa, que pretende tomar la historia con los datos nuevos y desde los retos diferentes que nos plantea la historia.

Hay una serie de elementos novedosos que funcionan como catalizadores del movimiento eclesial: una nueva comprensión de la Historia de la Salvación como salvación en la historia que engendra una nueva cristología con su eclesiología correspondiente. Todo ello apoyado en un fuerte contenido bíblico.

Estos elementos nuevos son catalizadores teóricos (teológicos) de movimientos históricos. La Iglesia en América Latina se fue involucrando con los pobres y con sus luchas. De esa implicación, leída con las directrices del Concilio, es de donde brota Medellín y luego Puebla. Pero todo ello aprovechando los énfasis del Vaticano II, sobre todo en lo que respecta a la Iglesia como Pueblo de Dios.

Medellín y Puebla se convierten así en un hito imprescindible de la reflexión teológica, y de la actualización de la vida religiosa. Para los jesuitas las Congregaciones Generales 32 y 33 (1975 y 1983 respectivamente) establecen una cota a la que no hemos podido llegar en la práctica apostólica, sobre todo en lo que respecta a la nueva imagen del jesuita: el "pecador que es llamado a ser compañero de Jesús", quien todavía hoy carga su cruz en la historia. Lo mismo por lo que toca al Decreto 4º sobre la fe y la justicia. Esta lucha debe ser el mecanismo integrador de todos los apostolados. Se dice que es la actualización de la Fórmula del Instituto. Todavía son, en buena parte, buenos deseos con pocas realizaciones.

Estas líneas-madre a nivel eclesial hacen brotar la teología de la liberación y están permitiendo el surgimiento de una espiritualidad de la liberación. Esta espiritualidad tiene como eje existencial el regalo de descubrir el rostro sufriente de Cristo en los rostros de los empobrecidos de nuestra América. De aquí surge un tipo de oración que demanda especialmente esa gracia de descubrir la cara

doliente del Señor en los desheredados de la tierra. Ello tiene traducciones también en la vida religiosa al comprender los votos desde el voto de la radicalidad en el seguimiento de ese Jesús que está sufriendo en la historia. La castidad vendría a ser la consagración total a Dios, que tiene la cara de los pobres -pobreza-; todo ello desde una plataforma eclesial de servicio que implica la obediencia.

Es esta misma espiritualidad de la liberación una de las cunas del redescubrimiento del discernimiento ignaciano y por ende también del AE, como luego veremos. Se dice una de las cunas, porque también en otras latitudes, no influenciadas por los aires latinoamericanos, se ha venido dando una revalorización de esa herencia ignaciana. Sin embargo para nosotros, el redescubrimiento se da en el horizonte de la teología de la liberación.

Tal como lo indicaremos, el Acompañamiento Espiritual va a ser también un fruto del reencuentro con el discernimiento y todo el rico material ignaciano, pero también tiene sus orígenes en otras causas. Con la crisis ha cambiado la concepción de la educación y de las técnicas de la formación. Esto para todas las dimensiones y en los diversos niveles. Obviamente se acerca uno al AE con un nuevo bagaje teórico formativo muy distinto que el de los años precedentes; enriquecido por los avances de las distintas ciencias y técnicas. Asimismo, la deserción masiva hizo que se valoraran mucho las poquísimas vocaciones que iban entrando. Esto obligó a un trabajo más concienzudo para formar para los tiempos de crisis. Ello volcó más caudal humano y técnico sobre la formación. Todo ha repercutido en un aprecio nuevo del AE pero con nuevas técnicas y con la idea de salvaguardar -en el caso de las órdenes religiosas- sus vocaciones. Otros datos determinarán que como tendencia se llegue en América Latina al reaprecio del AE por inesperados caminos.

Lo que es evidente históricamente, es que el AE no siempre ha fungido de igual manera, más aún se percibe una evolución que tiene un horizonte cada vez más histórico. El padre espiritual clásico, tal como lo ha vivido

el occidente, es fruto de la experiencia del Oriente cristiano, inspirando a ciertas personas que se destacaron por su trabajo apostólico y por el empeño en comenzar modelos de vida religiosa nuevos. Quizás entre los primeros más significativos se puede reseñar a San Ambrosio junto con Agustín de Hipona. Fueron luego los benedictinos los que -con la reforma de Clara-val- hicieron surgir la imagen del Abad/Padre espiritual de los monjes y guías en su búsqueda de la voluntad de Dios. Para los franciscanos -cuya orientación más laical se deja sentir- el padre espiritual es más que padre un hermano. Toca a Ignacio de Loyola heredar mucho de todo lo anterior y comenzar una línea nueva. Quizás lo más significativo de todo ello es que el trabajo de ayuda espiritual no se estableció sólo para búsqueda de la santidad personal, sino como instrumento para el apostolado: "para en todo atinar" en la búsqueda de la acción que más gloria dé a Dios.

San Ignacio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, pertenecen a un momento de oro de la espiritualidad y de la dirección espiritual. También el siglo XVII cuenta con maestros de vida que ejercen mucha influencia: San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl. Larga se haría la lista que continúa esta labor, pasando por el resurgimiento en el siglo XIX y el comienzo del presente siglo.

Los rasgos típicos de la evolución en el AE que podemos destacar son los siguientes: se podría establecer una primera época en que lo que se pretende es la santidad personal. Hay toda una orientación ascética de la parte de los maestros del espíritu. Luego nos parece que, con Ignacio, esta espiritualidad personal se abre al **iuvare animas** (ayudar a las personas), lo cual se constituye en fin primordial de la Compañía de Jesús. Es decir que la preparación y la ascética, si se quiere, tienen como finalidad más la ayuda a los otros, -en concreto la misión- que la santidad personal.

Con el vuelco que ha supuesto el Concilio y sus traducciones latinoamericanas, Medellín y Puebla, la preocupación del cristianismo, y más todavía del religioso, es la respon-

sabilidad frente al mundo. De allí que la espiritualidad de lo secular sea característica de este tiempo y que la vida espiritual y, por ende, la dirección espiritual tenga que evolucionar a preocuparse no sólo de la santidad y la búsqueda de la voluntad de Dios, sino del articular esa voluntad de Dios en la responsabilidad por el mundo.

Una espiritualidad que emana de la Teología de la Liberación da un paso adelante en todo esto. La espiritualidad de la liberación tiene su quicio -como ya insinuábamos- en el hecho del Cristo sufriente hoy en nuestros pueblos. Por tanto la así llamada dirección espiritual tiene que enmarcarse no sólo en la responsabilidad frente al mundo, sino más aún, frente al mundo que está oprimido, al mundo en pugnas históricas, donde hay un nuevo pueblo que quiere surgir liberado, partícipe de la resurrección de Jesús.

Esta sería la evolución que podemos descubrir, por tanto, en lo que hoy tenemos en nuestra espiritualidad como papel para la dirección espiritual. Junto con este movimiento más histórico, se pueden reseñar los pasos más biográficos por los que grupos humanos coetáneos hemos llegado de nuevo a ver con ojos de mayor interés la necesidad de un acompañamiento espiritual.

El espacio otorgado al AE viene dado, en muchas partes de América Latina como algo que brota del redescubrimiento del discernimiento ignaciano. Discernimiento que no adquiere su plenitud a menos que sea cotejado por alguien eclesialmente autorizado, acompañante espiritual, y que precisa de la confirmación de todo ello en la vida cotidiana y su repercusión histórica.

En la práctica, el AE se valoriza al verificar que una vida de comunidad pequeña inserta, por ejemplo, si bien atiende muchos niveles del necesario cotejamiento, se queda corta para ciertos niveles de profundización, para atender ciertos problemas más íntimos de las personas. De ahí surge la urgencia del AE.

El discernimiento nace en muchas partes de nuestro continente como un correlato al análisis coyuntural, tan

importante para poder responder a los signos de los tiempos. Asimismo, el impulso de la vocación jesuítica, que nos coloca en las encrucijadas de la historia y en las trincheras ideológicas, nos exige un análisis pormenorizado de la fuerza actuante de Dios en nuestras vidas y del derrotero de sus impulsos de gracia para ayudarnos a realizar la tarea por la implementación del Reinado de Dios. El AE se ve como una ayuda lógica y exigida por las difíciles "tareas-punta" que nos atañen.

Por otra parte, el haber regresado a la práctica de los ejercicios personalizados, siguiendo "la vera historia" tal como Ignacio lo recomendaba y siendo fiel a sus anotaciones y sugerencias, hace que se imponga en el marco de los Ejercicios Espirituales la necesidad de un director de ejercicios con quien cotejar los diversos movimientos de espíritus. Esto abre, de nuevo, un espacio al AE.

Por último, y quizás de manera independiente a la herencia de Ignacio, el hecho de tantas salidas, el hecho de tantos compañeros "quebrados" o "quemados" en los años de formación y trabajo; más aún el hacernos cargo de los fardos, a veces inamovibles, de nuestras heridas psicológicas, de nuestros traumas y de los mecanismos de compensación y reivindicación, que quizás hemos experimentado como individuos y como grupo humano, nos despierta un creciente deseo de que eso se atienda y que nuestros jóvenes vayan más libres y más preparados para estar disponibles a las obras donde se juega la Mayor Gloria de Dios.

## 2. OBJETIVOS DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

### -Las nuevas metas-

Dado el marco histórico y las diversas etapas por las que ha atravesado el AE se entresacan de ahí ya, con bastante claridad, lo que podrían ser sus objetivos.

Ciertamente el AE que tenemos en muchas regiones de la Compañía latinoamericana es una exigencia de la espiritualidad de la liberación. La dirección espiritual tradicional se decía que era "la ciencia y el arte de conducir las almas a la perfección de la vida cristiana". Mucho de lo que era dirección espiritual se circunscribía -y todavía se concentra- en el fenómeno de la oración (cfr. por ejemplo Barry & Connolly, **The Practice of Spiritual Direction**, Seabury Press, 1982). El acompañante -se dice- es alguien que primordialmente ayuda a establecer la relación con Dios, por medio de la oración, y mejor todavía por la contemplación. El centro de toda la ayuda se ubica en la relación interpersonal con Dios por el privilegiado medio de la oración cristiana.

De alguna manera se toma por supuesto indiscutible que la oración es **el mejor acceso** a la relación con nuestro Dios, que por tanto la perfección de la vida cristiana consiste en saber orar y relacionarse con el Señor. No hay en este sentido ninguna resonancia de hacer el bien al necesitado como requisito para encontrar a Dios; pudiera haber, por el contrario, una serie de coartadas como las que nos



narra la parábola del Buen Samaritano: excusas todas ellas que dimanan desde el campo de la propia purificación y de las incumbencias ligadas a lo litúrgico... Y no es que neguemos la importancia de la oración, menos aún de la perfección cristiana (correctamente entendida). Todo ello tiene validez y se puede perfectamente sostener si se dejara el tono abstracto y se desentrañara en lo concreto qué significa la perfección de la vida de un cristiano. En la actualidad no se comprende existencialmente la necesidad de la "santidad personal" como objetivo aislado. No constituye un reto para la juventud ni para el mismo cristianismo. Los desafíos estriban ahora en la realidad cuestionante que nos rodea. Por lo tanto ser cristiano sólo se comprende desde el mismo movimiento solidario de Dios que se encarna, se incultura y toma partido por los pobres de este mundo.

Una ciencia o un arte que ayude a la meta del cristianismo en el aquí y ahora pasa por la responsabilidad de hacernos como Dios, es decir no por la vía del poder -pecado original originante- sino siguiendo la enseñanza de Jesús: creciendo en misericordia, en solidaridad. El objetivo principal de esa ciencia o arte de ayudar a las personas se inscribe en el gran mandamiento de Jesús de tener un corazón solidario como lo tiene el Padre.

Pero comenzar a hablar de objetivos sin antes habernos preguntado sobre la misma necesidad del AE parecería proceder sin haber replanteado los supuestos y los fundamentos del AE. No olvidemos que ya ha estado en crisis y que esa crisis hubiera podido ser socavante en su totalidad.

¿De dónde se deduce que sea necesario el AE? El Concilio ha hablado con mucha energía de la conciencia como "el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla" (GS 16). Más aún, nos insiste en que es el propio hombre "quien decide su propio destino, bajo la mirada de Dios" (GS 14), como ya lo citamos. Ahora bien, un supuesto falsamente introducido como optimista, base de esos textos, es que el ser humano no se encuentra en la posición de "inclinado al mal", y

que no es víctima del pecado original -que lo hace herido y débil-; del pecado social -que lo hace nacer con intereses de clase que están ya en pugna-; y del pecado personal -con lo cual se ve arrastrado por el espíritu de este mundo a hacer las obras que van contra la luz, la verdad y la justicia.

La obra del Reino, por el contrario, tal y como la ejercía Jesús, es una tarea que implicó la curación de los espíritus de este mundo, la liberación de los cautivos del mal. La "energía" típica de la actividad de Jesús (**dynamis**) se consagró en grandísima medida a "levantar" a las personas concretas, a "curarlas de sus dolencias", a "liberar a los que estaban cautivos". Y esta liberación de la cautividad en el Jesús histórico se concentró fuertemente en la atención personal. Jesús desarrolló un arte especial para conducir a las personas al Reino (la definición de la dirección espiritual tradicional). Lo hacía de una manera personalizada con signos y símbolos de una liberación total. Es decir que la actividad de Jesús sí tomó en cuenta que el paso previo a que los hombres "fueran", era que se liberaran de sus esclavitudes internas. Sólo en un momento ulterior el hombre puede ser fiel a esa conciencia que en definitiva es la voz del ser de cada uno en crecimiento, hasta completar el fin para el que estamos hechos.

Dada nuestra inclinación al mal, dado el mundo que nos rodea, en donde estamos dominados por los medios de comunicación, a través de los cuales los poderes de este mundo nos imponen sus creencias, sus ideas, sus gustos y nos distorsionan los juicios y los valores, crece y se hace casi un requisito una línea de formación alternativa que nos ayude, en primer lugar, a captar la condición de heridos débiles, empecatados y confundidos estructuralmente en que vivimos, para luego poder remar contra esa corriente y tomar nuestra propia posición.

Tanto en la Biblia como en el ejemplo de ciertos santos tenemos el hecho de que Dios mismo interviene de forma asombrosa en el proceso personal de cada uno. Para Ignacio

la experiencia era de que Dios lo llevaba directamente como un maestro de la mano... Con todo, no fue siempre así en él, ni sucede así para la mayoría. Ya el mismo eclesiástico nos avisa: "¡Ay del solo, que cae y no tiene a nadie que lo levante!" (Ecl 4,10). El mismo Cristo ordena a Saulo recién convertido que se presente a Ananías para conocer lo que tiene que hacer (He 9,6-9). Es decir que en la economía ordinaria el Señor quiere que nos sirvamos de mediaciones personales e históricas para leer sus designios.

En la Compañía de Jesús el modelo básico del AE es el discernimiento. Un discernimiento que se hace, no entre el bien y el mal (para eso están los mandamientos y la conciencia), sino una discreción de espíritus para encontrar siempre el **magis**, lo que ahora -donde no conozco leyes, y quizás hay situaciones inusitadas, riesgosas y de mucha repercusión- toca que se haga para restituirle a Dios su mayor gloria, que es que el hombre viva.

En ese discernimiento, tal y como nos lo legara Ignacio, es parte esencial el momento de cotejamiento con alguien con "densidad eclesial" (que no necesariamente esté ligado a lo sacerdotal, lo jurídico, sino que de algún modo sea signo de la comunidad que es la Iglesia). Por lo tanto, si como adelante explicaremos, este discernimiento es el gran método del AE en la Compañía, allí tenemos ya la perentoria exigencia del acompañante espiritual.

Tenemos entonces suficientemente expuesta la necesidad del AE: la actividad de Jesús fue esa, ayudar a las personas a liberarse y hacerlos avanzar. La misión es continuar este camino que implica el trabajo con las personas y con las estructuras. Más aún, viendo todo desde otra perspectiva, desde el ángulo de la misión de construir el Reino de Dios, tenemos que éste no se logrará sólo si se cambian las estructuras, sino cuando -a la par- se siembre en el corazón de la gente la semilla de la "humanidad nueva". Esa simiente se esparce "a voleo" pero para que crezca necesita una atención particular.

Por eso en la Compañía se ha privilegiado tanto el

trabajo de la "conversación espiritual", del "ayudar a las personas" (iuvare animas). Está la persuasión de que no se logra el Reino sin un trabajo que incida en las estructuras de la historia (recordar los criterios apostólicos de la parte VII de las Constituciones<sup>2</sup>) y tampoco sin el ejercicio siempre "agresivo" de la conversación espiritual, siguiendo el ejemplo del mismo Ignacio, para generar hombres y mujeres nuevos.

Visto desde la debilidad del ser humano, desde las condiciones propias suyas: herido, empecatado, cooptado por el espíritu del mundo, oprimido en tantísimas regiones del globo, se impone la necesidad de alguien que acompañe el proceso de ponerse en pie. Por otra parte, visto desde la misión, no tendremos mundo nuevo sin mujeres y hombres nuevos, lo cual implica un trabajo asiduo con ellos. Trabajo que se estructura para el jesuita en el modelo de la "conversación espiritual"; al mismo tiempo que se batalla por cambiar la columna vertebral de los sistemas imperantes, para que florezca la justicia y la paz "hasta que falte la luna" (Ps 72,7b).

Viniendo ya a objetivos más concretos -ya se ha insinuado alguno, creemos- tendríamos que el AE posibilita hacer que las personas se levanten por sí mismas y descubran el propio camino trazado para ellos por Dios. Dicho de otra forma el AE colabora a que la persona descubra la acción del Espíritu en sí mismo. Un Espíritu que está presente y nos hace templos de Dios, cada cual con su propio carisma (1 Cor 12), un Espíritu que no debe apagarse jamás (1 Tes 5,19). Ahora bien, es un Espíritu que está encerrado, embotado, aletargado por la acción del pecado personal, estructural y por el influjo nocivo de los medios de comunicación. Un espíritu que aunque está en el fondo de nuestros corazones no dicta órdenes sino insinuaciones: impulsos y mociones. De ahí que el AE tenga una similitud con la concientización que es previa a la evangelización y politización de un pueblo. Siempre esa concientización viene desde fuera, es la alteridad la que me convoca a ser yo mismo; más todavía cuando esta alteridad es personal.

Objetivo asimismo del AE es que las personas sean fieles a su "vocación", al "llamado". Todos y cada uno tenemos nuestro propio "carisma" con el cual enriquecer el cuerpo de la comunidad. Ese es el término paulino para significar el descubrimiento de cada cual. Cada persona tiene entonces un llamado concreto. Esto debe desentrañarse. Pero por otra parte -y esto quizás es más importante- recibimos ese llamado que es de "alguien". Ese alguien es el que en el aquí y ahora de nuestra Latinoamérica se concreta en la voz de los oprimidos en donde escuchamos el clamor de Dios historizado. Mucho del trabajo del AE consiste en ayudar a esclarecer la fuente de ese llamado. En nuestras tierras no es ya propiamente un llamado sino algo que se ha convertido en un grito; "lamentos que llegan hasta el cielo", como dijo Monseñor Romero.

El acompañante es el suscitador o despertador en las personas para que escuchen bien la voz de Dios que habla en lo íntimo del corazón del ser humano, pero que sobre todo nos llama desde el dolor hecho mundo.

Y este llamado, que alguien lo grita, es para realizar una tarea concreta. Otro punto en el que el AE ayuda a esclarecer es detectar, no sólo quién llama sino a qué llama en concreto. En general tendrá que ser a la construcción del Reino de Dios, a resucitar al Hijo que está muriendo pero que mantiene impulsos de vida. Pero ¿cómo en concreto, desde qué plataforma, privilegiando cuáles instancias? La serie de preguntas se hace inmensa. Allí hay mucho por discernir, por esclarecer y por lo tanto por cotejarse.

Otro objetivo concomitante es descubrir no sólo quién llama y a qué, sino con qué fuerza me llama, con cuál tipo de gracia, con cuál moción principal, hegemónica. Es el descubrimiento de eso que nosotros hemos denominado "consigna" (cfr. "La Osadía de dejarse llevar", pág. 54, 2a ed., Nº Especial de la revista **Diakonía**, Managua 1987). Es esta consigna la fuerza que el Señor ya me da, el lugar por donde El hace converger su gracia para irme ya impulsando y que está en oposición frontal con el modo como

me tienta el espíritu de este mundo, aprovechándose de mi debilidad y pecado. A través de esta moción principal (recabada en una experiencia de Ejercicios Espirituales bien hechos) se me revela cómo se me quiere comunicar el Señor. Es una invitación a ser como El es bajo esa gracia especial. En definitiva es el camino **ad hoc**, para mí, para poder ser solidario y misericordioso como es el Padre.

### 3. LOS EJERCICIOS IGNACIANOS COMO AYUDA A LA DIRECCION ESPIRITUAL

#### **-La metodología específica-**

Hemos venido insinuando cómo la dirección espiritual es una ciencia y un arte a la vez. Como ciencia tiene su fin, su objeto, sus principios. Sobre todo tiene una preparación técnica que en este caso exige estar bien versado sobre las disciplinas de la persona humana, de las relaciones interpersonales, etc. Pero también es un arte, se dice, y esto implica cualidades. La lista de estas cualidades-condición para poder ejercer como un buen acompañante supone: Humildad, Caridad, Intensa Vida Espiritual, Ciencia, Experiencia y Prudencia. Los grandes conocedores de estas lides le dan mucha importancia a la preparación; a las "letras" para estos manesteres. San Ignacio decía que una notable prudencia con moderada virtud es con frecuencia más valiosa que gran santidad con menos prudencia. Santa Teresa, por su parte, escribía: "es menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado gran inconveniente es" (Vida, 13,19). San Juan de la Cruz corrobora lo mismo al señalar que "para guiar al espíritu... el fundamento es el saber y la discreción" (LI, 3,30).

Si uno revisa los tratados de la dirección espiritual se encuentra con complejas teorías, con sus supuestos, fundamentos, implicaciones, sugerencias. Todo ratifica el requisito técnico. Algunos, como sabemos, postulan, como condición, la necesidad de la santidad. El problema

concreto es que a muchos nos han lanzado a esta tarea sin la santidad requerida y sin preparación especializada (sicológica, espiritual, etc.). El arte de los "amateurs" consiste entonces en saber reconstruir el propio camino -de la manera más lúcida posible- para luego entender cómo nos ha llevado el Señor y conocer su actuación. No para que se imite "mi" experiencia, contra lo cual prevenía siempre Ignacio ("ningún yerro puede haber mayor en las cosas espirituales que querer gobernar a los otros por sí mismos"); (Fontes Narrativi: I,677), sino que desde ella haber aprendido un poco **sobre el modo de Dios**.

Esta reconstrucción del propio camino espiritual se hace viable dado que poseemos una metodología precisa que son los Ejercicios Espirituales, de donde sacamos el esquema fundamental del discernimiento y de donde se desprende el trabajo del AE. Más aún, los EE son para muchas personas, la teoría fundamental originante. Otros en cambio seguirán distintas escuelas de espiritualidad plenamente válidas y ricas.

En la espiritualidad ignaciana los EE son como la base para que se pueda ir desarrollando esta "ciencia" de la vida espiritual; pues tiene ciertos principios (reglas), un laboratorio experimental (que es la vida interior con las diversas mociones), un objetivo concreto, (liberarse de las aficiones desordenadas y encontrar la voluntad de Dios concreta), y un sistema de verificación (las confirmaciones).

Es esa metodología la que nos puede capacitar en este arte del AE pero a la manera ignaciana: desde el discernimiento. Esa metodología implica unos requisitos básicos para el que se somete a ello. Lo primero es el establecimiento del "sujeto", es decir si hay potencial en esa persona, si puede ser sujeto de sí mismo y tiene "grande ánimo y liberalidad". Si le falta esto, San Ignacio no nos dice que no le atendamos sino que le demos lo que puede digerir y de lo cual sacar provecho (EE 18).

Luego, como segundo paso, está el aprendizaje de las reglas del discernimiento, que son el transfondo teórico



y existencial del comportamiento de los espíritus. Estudiando estas reglas tenemos en primer lugar los elementos para conocer las diversas fuerzas espirituales: lo que son mociones, con lo que se designa todo lo que nos lleva hacia el Señor y su Reino, en general. Por el contrario se conocen las "tretas" que es todo aquello que nos orienta a lo opuesto: apartarnos de Dios y de su Reinado (cfr. para todo este material: Apéndice: Guía Práctica del Discernimiento).

Se nos da también a conocer los vehículos de esas fuerzas. Los impulsos (mociones y tretas) se vehiculan o se expresan en dos estados básicos: la consolación y la desolación. La experiencia da que las fuerzas en juego (mociones y tretas) pueden expresarse, bien sea por consolaciones o por desolaciones, ya que estas últimas simplemente transportan los impulsos espirituales. De ahí que se pueda dar un traslape de ambos factores pero no una identificación. De donde se saca la regla básica del discernimiento y la regla básica para el AE: ¿Qué se experimenta (clave de consolación/desolación) y cuál es el derrotero, a qué conduce esa experiencia (clave de moción/treta)?

En este camino también se nos da el adentrarnos a conocer algo muy importante en la vida del espíritu: saber distinguir lo que es un "estado espiritual" de un estado fisiológico o síquico. Un estado espiritual es aquella sensación que recibe una interpretación de ese fenómeno en clave de los espíritus. Ignacio en sus ejercicios nos habla también de las diversas épocas personales ("semanas", las llama él). Con esto él quiere designar dos cosas: la manera de ataque del Mal Espíritu (descarado en la 1ª semana o encubierto en la 2ª semana); y segundo, el nivel en el proceso espiritual de una persona: los que van de pecado en pecado mortal, y los que van intensamente purgando y de "bien en mejor subiendo". Todo lo cual nos indica que aunque básicamente el criterio para hablar de épocas espirituales es la acción del ME, hay que tener también en cuenta el nivel de conversión en el proceso por donde es conducida una persona.

Pero es quizás la riqueza en el conocimiento de la acción del ME en donde los Ejercicios nos brindan la mejor ayuda para ser un acompañante. Sobre todo en la meditación de las Banderas (EE 136 ss). De esto hemos tratado bastante en otro lugar: (cfr. "La Osadía de dejarse llevar" pág. 25 ss).

Los ejercicios nos permiten hacer énfasis en varios elementos que se vuelven claves en la interpretación espiritual. Esto es ya una relectura de lo que Ignacio nos consignara, pero creo que es un método que yace ahí en el librito de los EE. En primer lugar tenemos que prestar mucha atención a la ocasión en donde suceden los impulsos del buen o mal espíritu. Lo importante acá es recordar que de ordinario los acontecimientos espirituales vienen provocados por mediaciones humanas. ¿Con ocasión de qué se me suscitaron esos pensamientos o esos sentimientos? Es iluminador poder hacer relación a lo que san Ignacio -de pasada- denomina como "Babilonia" y "Jerusalén", (cfr. EE 140 y 144). Se puede ir detectando si lo que me acaece tiene que ver de una forma casi mecánica con ciertos lugares, redes sociales, cosas, personas, etc. que son condicionamientos estructurales para el mal o para el bien referidos a las personas o los grupos humanos.

La misma descripción de lo que se está experimentando tiene mucha importancia en el discernimiento de los caminos de Dios o del mal: por ejemplo, saber señalar si es una "sensación" o un "discurso": Si se estuviere tratando de tretas el hecho de que sean primordialmente sensaciones nos podría ya comenzar a indicar que serían tretas de 1ª época (semana); si estuvieran más bien basados en "rollos" o discursos pareciera -a primera vista- que se puede tratar de un ataque de 2ª época. Obviamente sólo esta primera distinción no basta, pero ayuda.

Hay en todo discernimiento un momento para establecer la relación psicológica. Hacer referencia a la estructura síquica ayuda a desmontar las tretas, atribuyéndole a cada dimensión (las ocasiones, la acción de los 'espíritus, la

propia sicología), su causalidad.

De ordinario las tretas se aprovechan de la estructura síquica de diverso modo: de las heridas y de los instintos exacerbados (1ª época) y de los ideales exagerados y fervores indiscretos (2ª época). En la medida en que puede detectarse la conexión, la treta pierde peso por sí misma: se llega a comprender mejor por qué razones toman esos movimientos tanta resonancia en la interioridad.

De ahí que sea muy útil tener bien claro cuáles son las heridas y las tendencias a los fervores indiscretos (cfr. Constituciones 182). Casi siempre se es atacado por ahí. Es en este punto en donde el AE tiene su lógica conexión con la sicología y las ciencias de la persona. En la medida en que se tenga un marco referencial suficientemente claro sobre el comportamiento de lo psicológico y en la medida en que uno mismo tenga un dominio suficiente de los propios problemas, finalmente en la medida que uno esté en sintonía con el Espíritu (con las implicaciones históricas), se está en la base para correr el riesgo de ejercer el acompañamiento espiritual (cfr. Capítulo 69).

El otro momento a prestar atención en el discernimiento y por tanto en el AE es el "derrotero" de los movimientos. San Ignacio ha sido llamado el supermaestro de la sospecha; pone en cuestión aun la misma paz. No toda alegría ni toda paz es de Dios. Si algo me lleva a lo de Dios y a su causa, es señal del Buen Espíritu (BE), y lo contrario. Esto parece muy evidente. Sin embargo es aquí donde quizás se supone demasiado pronto que las cosas son "de Dios". Las cosas del Padre de Jesús siempre tienen que ver con la solidaridad con los más desposeídos<sup>3</sup>.

Es en este aspecto donde el acompañante -sobre todo de un jesuita que tiene como misión fundamental la fe y la justicia, y más aún en los contextos del Tercer Mundo- tiene que tener una especial sensibilidad a la responsabilidad histórica del mundo de los empobrecidos como horizonte en donde deben cotejarse y hacerse realidad los movimientos internos.

Por último se tiene que ponderar la reacción del sujeto frente a las "visitas" del Señor y del espíritu del mundo. Es el momento propiamente moral, es donde se miden las responsabilidades de las actuaciones del ser humano. Y al revisar las reacciones se tiene que sobrepasar la ingenuidad de los buenos deseos. Estos pueden ser otra moción pero no son los actos congruentes que deben desprenderse de ellas. Parte del arte del acompañante consiste en no dejar que aquel a quien acompaña se proponga metas que no le vienen "dadas" de parte del Señor, y aun estas mismas cuando se vayan realizando desde pequeñísimos pasos impuestos todos ellos desde la positividad y desde las ideas y relaciones vitalizantes.

Otra cosa que nos dan los EE como ayuda para el AE, es el mismo entrenamiento que ellos suponen. Son ejercicios del espíritu, es claramente un método de preparación para vivir luego la verdadera competencia, la verdadera batalla. Cuando uno entra a cualesquiera ejercicios físicos -por ejemplo- uno se tiende a comportar en ellos con los mismos defectos que como actúa en la vida. Los ejercicios ignacianos nos hacen posible invertir el **dictum** de que "como me comporto en la vida, me comporto en la oración", dando paso -gracias al entrenamiento- al **dictum** siguiente: "como me comporte en la oración me puedo comportar en la vida".

La estructura misma de los ejercicios ofrece un programa de acción retante, pero gradual. Hay toda una lógica en ellos. La lógica de la gradualidad y del compromiso cada vez mayor, nacido del "ser llamado" a ello. Nosotros podemos descubrir toda una estrategia en el fondo de la segunda semana. En primer lugar suscitar -desde quizás el Principio y Fundamento- un tener grandes deseos ("solamente deseando y eligiendo lo que mas conduzca" o al menos "deseos de deseos" (paralelo al 102 de las Constituciones). Luego, a la altura del Rey Eternal, se provoca en el ejercitante puros y encendidos deseos: "quiero, deseo y es mi determinación deliberada de imitaros" (EE 98), para luego pasar a comprender que la clave de todo reside

en el "demandar ser puesto con el Hijo". Ya con el Hijo que carga su cruz viene el momento de suprema locura en la Tercera Manera de Humildad. Allí se da todo un camino, toda una enseñanza de la estrategia a seguir. Se toma en cuenta el modo del hombre débil, que le teme a la entrega, pero que puede desbloquearse y que puede ir avanzando en pequeños pasos para irse "dejando llevar". Al final está la cruz, a donde uno va no porque quiere sino porque lo llevan: "otros te amarrarán y te llevarán a donde tú no quieres" (Jn 21,18).

Dentro de este programa de acción se ubican las diversas reglas que va poniendo Ignacio. Nos parece muy importante también lo concerniente a las adiciones. Estas son las pocas y pequeñas cosas que sí podemos poner de nuestra parte como colaboración a la acción de Dios en nuestra vida. Dios es quien pone el **incrementum**, a nosotros, en cambio nos atañe únicamente poner gestos simples y pequeños cada vez...

A la altura de la segunda semana, Ignacio postula las reglas para distribuir los bienes. Concreta allí, en pequeñas obras, el deseo de pobreza que ha suscitado en el ejercitante. Esto nos da también una metodología de cómo poder ir ayudando al que se acompaña espiritualmente: proponiendo cosas prácticas que están en su mano, pero que no permiten dejar en puros deseos las mociones recibidas. Algo de eso le propone Ignacio al candidato a jesuita cuando después de demandarle si tiene "deseos de deseos", le pregunta que si por lo menos estaría dispuesto a ser mal visto por la comunidad...! Sabia enseñanza que evita la coartada de las buenas intenciones (cfr. Constituciones 102).

Las reglas para "sentir con la Iglesia" (EE 352 y ss) se deben considerar de manera global como una prevención. El ejercitante ha estado aprendiendo a relacionarse directamente con el Señor. Conoce sus mociones y las tretas. Se puede sentir espléndidamente aislado en el seguimiento de Jesús. Estas reglas le recuerdan que se discierne dentro del contexto de una Iglesia que tiene estructura, con la

cual en definitiva se tiene que cotejar lo que parece don recibido de Dios. Ya que estos regalos son para el crecimiento de la comunidad, es alguien representante de ella (con densidad eclesial) el que puede ratificar, en definitiva, lo que aparece como movimiento del espíritu.

Por último los ejercicios nos brindan el gran criterio de seguimiento de Jesús: el compromiso con su causa desde la pobreza real. Los ejercicios nos ayudan a ser acompañante en la medida en que nos dan el gran criterio para establecer las confirmaciones históricas. Mucho de esa confirmación reside en el encontrarnos -de facto- bajo la bandera de Jesús, en donde las "injurias, vituperios, infamias", etc., tienen que concretarse. La Congregación General 32 de la Compañía, ya lo decía también al referirse a que no cumpliríamos el trabajo de la fe y la justicia sin pagar su precio (49, 46).

Por eso con razón declarábamos que estar en un tono de austeridad y en vinculación con la lucha de los pobres es requisito para poder discernir y es también la confirmación histórica de que se está avanzando por el camino de Jesús. El AE debe ser una actualización del evangelio en la vida de la persona y de los grupos. Allí su grave responsabilidad.

#### **4. DIFERENCIA DEL AE EN EJERCICIOS Y FUERA DE ELLOS**

##### **-La realidad como el lugar de la confirmación-**

Hemos tratado de exponer cuál sería el aporte de los EE para el AE. En muchísimos aspectos se pueden continuar las orientaciones que emanan del esquema mismo de EE, sin embargo hay ciertos puntos de divergencia.

Estaría, en primer lugar, la falta de concentración (tiempo, silencio, clima de desierto, dedicación completa) que se tiene en la vida ordinaria. Ahora bien, esa "dispersión" tiene como ventaja sobre los EE, que se da en la "normalidad", con los problemas, trabajos y retos concretos. Se elimina cierto tinte de artificio.

Por otra parte, en los EE se suelen enfocar momentos densos para discernir sobre ellos, o son tiempos privilegiados de recuperación y confrontación fuerte con el Señor. Esto hace que el AE en EE se pueda concretar más sobre cierta "deliberación" concreta o para ayudar a revisar y tomar perspectivas necesarias en los procesos personales.

El elemento crucial y específico del AE fuera de Ejercicios, es la vivencia cotidiana, el modo de vivir, la integración del dolor humano, de la debilidad, del pecado. Todo esto junto al llamado que se va experimentando de parte del Señor a partir de las diversas instancias, primordialmente desde la historia.

De manera que fuera de los Ejercicios, lo que se retoma como material es la biografía concreta inscrita en una historia dada, con sus desafíos y sus logros, con sus alegrías y miserias.

Fuera de ejercicios, además, se verifican no tanto las mociones en sí, sino la fidelidad a ellas: la constancia en mantenerse fiel a la invitación del Señor, al compromiso de la historia. Asimismo, la consistencia de la voluntad en ponerse en ello.

Tenemos por tanto, que lo más señero del AE en la vida ordinaria es el hecho de las confirmaciones históricas. De allí que el lógico material de cotejamiento con el acompañante es la congruencia con el Proyecto de Vida, que toda persona debe establecer después de la vivencia de los Ejercicios Espirituales, y con los Proyectos Apostólicos u objetivos de las obras concretas (cuyo perfilamiento debe prepararse y evaluarse en las obras mismas), en lo que respecta a la repercusión del trabajo en la vida interna y de cómo ésta se expande en las tareas por el Reino.

Ahora bien, San Ignacio nos ha brindado un método del AE que hace énfasis en la vida ordinaria. Aunque ya bastante de esto lo había dejado escrito en las anotaciones y en los directorios; su práctica, sus escritos (cartas, instrucciones y recomendaciones) nos brindan unas sugerencias para desempeñar mejor el oficio de acompañante. Todo esto se concreta en lo que él denomina "conversación espiritual".

El objetivo de toda "conversación espiritual" nos lo ha dejado consignado de muchas maneras, lo que las unifica es la finalidad: "en todas conversaciones que queremos ganar, para meter en red en mayor servicio de Dios nuestro Señor" (Epp. 1, 179-181). "Meter en red en mayor servicio de Dios". Lo importante es, por tanto, que los sujetos ofrezcan "todas sus personas al trabajo" por el Reino. Aquí no se experimenta el supremo respeto que tenía el acompañante en EE. (Cfr. EE 15). Hay en todo esto una pizca de agresividad y de conquista. Los primeros compañe-



ros fueron fruto costoso de ello. Esto es lo más importante para Ignacio. Fue precisamente por el deseo de la conversación espiritual que él comenzó a realizar mutaciones en su vida. No hubo hostilidad ni molestias que pudieran borrar la convicción en Ignacio que él debía "ayudar a las almas" y para ese fin debía continuar estudiando y consiguiendo cada vez compañeros más adecuados y seguros.

Según lo que nos relata Nadal, Ignacio quería conocer siempre bajo qué circunstancia estaba la persona que se le presentaba, o cómo había vivido anteriormente; qué disposición había tenido, qué temperamento, si era colérico, flemático, sanguíneo o melancólico; cuáles habían sido sus ocupaciones anteriores, qué estaba haciendo ahora. Le gustaba saber también lo que le pasaba por su alma, si estaba movida por espíritus y cuáles; qué inspiraciones, deseos y consolaciones había experimentado, si era tentado y cómo había reaccionado a la tentación... Es decir que Ignacio partía siempre de un análisis que hacía énfasis en los aspectos circunstanciales y psicológicos para pasar luego al momento de los impulsos de los espíritus.

Su norma básica es la que nos legara en el comienzo de los EE: que "se ha de ser más prompto a salvar la proposición del próximo, que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta busque todos los medios convenientes" (EE 22).

Por principio hay que intentar comprender y apoyar al otro e ir aplicando los medios que van exigiendo las necesidades. Este principio de los EE como de la conversación espiritual nos parece la gran norma del AE en Ignacio.

Pasando ya a los modos concretos tenemos la sabia formulación que a pesar de las reglas, de las ordenanzas, de lo que esté mandado, siempre uno sea capaz de aplicarse y atender "según las personas, tiempos y lugares, con sus ocurrencias" (Const. 64). Es de sobra conocido cómo Ignacio trató un mismo asunto de diversa manera con distinta gente. El sentido de flexibilidad y de situarse se hace

faro del proceder en el AE.

Ya en cuanto a recursos concretos en el AE, tenemos la no menos sabia regla de "hablar poco y tarde, oír largo y con gusto". No hay cómo encomiar la lucidez y fruto de esa pequeña regla de convivencia humana, no sólo del AE. Luego prosigue "oyendo largo hasta que acaben de hablar lo que quieren" (Epp. 1,179-181). Una vez habiendo dejado hablar hasta donde quieren, estar muy preocupado por "mirar de qué condición sea y haceros a ella" (ibid). No simplemente establecer una fría categorización, sino "hacerse a ella", co-sentir con el otro para poderlo atender y ayudarlo. Y en la manera de establecer la ayuda nos pone el ejemplo del ME (Mal Espíritu), quien conoce perfectamente nuestras heridas y debilidades: "por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos" (EE 327) El enemigo hace todo eso, dice Ignacio, para "salir consigo". El acompañante debe tomar ejemplo de esto pero para realizar "todo para el bien" (Epp. 1, 179-181).

Muchas veces el acompañante tendrá que realizar -de manera vicarial- el **agere contra** que el acompañado no puede desempeñar todavía. Así por ejemplo, "con los que sintiéremos tentados o tristes, habernos graciosamente con ellos, hablando largo, mostrando mucho placer y alegría, dentro y fuera, por ir al contrario de lo que sienten, para mayor edificación y consolación" (Ibid).

Otro recurso utilizado por Ignacio muchas veces es permitir que aquél a quien se acompaña pueda expresar verdaderamente lo que está sintiendo. Ribadeneira nos cuenta la historia de un novicio alemán quien estaba muy turbado y pensando dejar la Compañía. Ignacio ensayó muchos métodos pero después le dio absoluta libertad para hacer lo que quisiera. El novicio luego de unos días encontró la paz. Se pudo encontrar con él mismo, dándose cuenta de qué era lo que verdaderamente le acontecía y qué estaba deseando. Este recurso pone de manifiesto que para Ignacio era muy importante que se partiera de lo que verdaderamente se estaba sintiendo y no de explicaciones más bien

teóricas, razonamientos de lo que puede estar pasando en lo interno de alguna persona. A esto invita Ignacio al acompañante (EE 17). Muchos sicólogos actuales atribuyen el éxito de una curación a la capacidad de "dejarse sentir" los problemas y de permitir que tomen su volumen para entonces comprender su lógica interna<sup>4</sup>.

Un poco en la misma línea están las directrices que le da Ignacio a un joven escolar quien padecía de grandes represiones, por una parte, y grandes fervores de mortificación por otra. Ignacio da normas sobre la represión de lo sensible cuando se trata de algo pecaminoso, contra lo cual se debe luchar, pero cuando se trata de exigencias de la sensualidad en cosas lícitas, entonces puede ser que sea mejor dar este gusto al cuerpo: "antes bien es a veces mayor mérito, para poder permanecer a la larga con fuerzas en el servicio divino, tomar alguna honesta recreación de los sentidos que reprimirla" (Epp. 12, 151-152).

Luego da un principio sumamente válido, en lo que hace referencia a la prudencia, que debe tener todo buen acompañante espiritual: "en todas conversaciones... estar advertidos, haciendo cuenta que todo lo que se habla puede o verná (vendrá) en público" (Epp. 1, 179-181). Esto puede ayudar a prevenir contra ciertas imprudencias en el acompañante, pensando que tal situación o caso es tan "especial" que puede permitirse algún tratamiento que en un "foro público" sería inadmisibile. Como por ejemplo, el creer que en el AE puede introducirse en el campo de la relación erótico-afectiva, aduciendo "falsas" razones (seudocientíficas) para apoyar algo que ya no es el AE. No hay que olvidar nunca la especificidad y lo inusitado de cada caso concreto, pero no podemos caer en la trampa de esas actitudes que muchas veces más que una "osadía" cristiana, en ayuda del acompañado, se convierten en temeridades. Para ello el recordar que "todo lo oculto se hará patente" puede ubicar la necesidad de un acompañamiento muy cercano y adecuado, pero que sea plenamente justificable.

La diferencia entre el AE en EE y en la vida ordinaria es diáfana sobre todo por el realismo que rodea a esta

última. Los métodos propuestos para ejercicios pueden todos ellos aplicarse. Ahora bien, en el AE en la vida corriente, el acompañante puede tener más amplitud y protagonismo, ya que se pueden tener más iniciativas. Todo lo concerniente a esas iniciativas gira en torno a salvar siempre "la proposición del prójimo". Luego, todos los recursos que nos da Ignacio -como camino de una conversación espiritual-, son el dejar que el otro se exprese lo más posible, en lo que de verdad siente. Para ello la actitud fundamental es escuchar más que hablar y co-sentir con lo que le pasa al otro. El modo de acertar es lograr captar las partes más débiles, por donde se experimenta mayor flaqueza para arrancar de ahí mismo. Precisamente por esa flaqueza experimentada, el acompañante en ciertos momentos tendrá que vivir experiencias vicarias -en vez del otro, por momentos muy cortos- del tipo del **agere contra**. Todo siempre para hacer que esté más dispuesto al servicio del Reino.

Todos los mini-instrumentos que nos da Ignacio a partir de lo que nos invita a realizar en la "Conversación espiritual" tienen, según lo que nosotros entendemos, que estar en constante cotejamiento con la historización de las gracias recibidas. Siempre es sumamente importante que el ejercitante ponga atención a cómo reacciona ante las mociones o tretas. Si una moción no se lleva a su realización se queda en simple "invitación" del Señor que no tuvo ningún influjo en la vida personal, de ahí que "lo que hizo historia" tenga una máxima relevancia. Si esto es verdad en un clima de ejercicios mucho más en la vida ordinaria. El AE tendrá como punto de verificación lo que ha generado vida diferente, vida cristiana, lo que ha modificado el rostro de las cosas, las relaciones, etc.

En este sentido el Proyecto de vida, los Criterios Apostólicos por los que se rige el acompañado vienen a formar parte crucial en el proceso del acompañamiento espiritual. Son como la brújula del caminar. Corresponde al momento del AE el establecer y valorar los "indicadores" del crecimiento espiritual y ver si se están cumpliendo,

valorar su eficacia y eventualmente dar paso a una mayor radicalización. Los indicadores se convierten en algo que impide la coartada de las buenas intenciones, pues siempre son algo ponderable, verificable, medible si se quiere.

El gran fruto de los ejercicios es estar en camino hacia la Tercera Manera de Humildad -3MH- (EE 167) y esto implicaba un optar "por principio" por Cristo entre los pobres, arriesgarse por él y tener los máximos detalles en el amor (cfr. EE 167). El papel del acompañante fuera de ellos es verificar cuánto con las actuaciones el acompañado está en la línea de esa 3MH; cómo está siendo todavía interpelado por ella, y los pasos pequeños pero concretos por los que va haciendo avances en la constante invitación al seguimiento de Jesús. Esto obviamente a la larga tiene una traducción política. El acompañado en el fondo tendrá que ser, como lo fue Cristo, un subversor del "orden" establecido, por lo tanto se le debe ayudar a resistir la incompreensión, la ambigüedad, y el ser tomado y estimado por loco según este mundo. La petición constante de los Ejercicios de "ser puesto bajo la bandera de Jesús" no puede vivirse impunemente.

Obviamente que el colocarse en esa bandera, y el estar dispuesto aun a la misma muerte no es por un ascetismo individualista, sino por la preocupación de la muerte de muchos, por el hambre de la mayoría, por encontrar mejores caminos de hermandad y paz estructuralmente logradas. Todo lo cual no se consigue sin cuotas de incompreensión, y, por qué no decirlo, de represión y muerte. Suficientes ejemplos tenemos sólo en Centroamérica de lo que significa ser fiel a Jesús en sus empobrecidos.

A todo ello debe ayudar el AE. Nunca debe olvidar el acompañante la vocación a que ha sido llamado su acompañado, y aun él mismo. Ser un acompañante espiritual es "una vocación" y por lo tanto hay que discernirla primero; experimentar la invitación de Dios y la concordancia con lo más hondo de uno. Parece que no se ha hecho mucho énfasis en lo relevante de esta vocación tan especial, y muchas veces se ha infravalorado el papel del acompaña-

miento espiritual. De todo lo que hemos analizado en este artículo, creo que quedará en evidencia que se trata de ayudar a generar hombres y mujeres nuevos, lo cual debe ser siempre una actividad cónsona con el cambio de estructuras. En la Compañía de Jesús es uno de los ministerios privilegiados según las Constituciones (Const. 648), por lo menos en teoría. Tiene sus satisfacciones y sus cruces, pero debe considerarse y agradecerse porque es un don de Dios a su pueblo peregrinante.

## 5. SIGNOS DEL PROGRESO ESPIRITUAL

### **-Poder compartir la lucha de los pobres-**

Los signos del progreso espiritual tienen mucho que ver con el estado de desarrollo humano de una persona. Es la condición de posibilidad -normal- del aprovechamiento en el camino del espíritu. En este sentido diríamos que existen algunos signos -requisito para comenzar a caminar y otros que son muestras ya del crecimiento mismo.

El primer nivel que debe alcanzarse, como condición de posibilidad del crecimiento espiritual es la experiencia liberadora del conocimiento personal. El sujeto tiene que conocer su propia vida, saberse manejar con sus problemas. Esto no quiere necesariamente decir que ya estén todos superados. Lo que se requiere es que -en un primer estadio- sepa tratarlos, se puede desempeñar "a pesar" de ellos.

De ahí que la detección de heridas y traumas, junto con el proceso de curación de las mismas es la plataforma de todo crecimiento ulterior. Este trabajo -de corte más psicológico- se debe hacer con el esfuerzo curativo de los rasgos de muerte, por una parte, y apoyándose en los aspectos positivos que toda persona posee. Para ello se requiere haber "bebido de su propio pozo", haber captado el manantial interno del propio ser.

Paralelo a esta experiencia liberadora del saberse conducir, viene el arte de aprender a distinguir los estados meramente psicológicos de lo que ya son en sí estados espirituales.

Esto, por ejemplo, nos parece requisito básico para poder embarcarse en la empresa de un Mes de Ejercicios. Otro signo de desarrollo es el arte de ir discerniendo los espíritus, saber hacer la discreción de las tretas, sean éstas de primera o de segunda época. Por otra parte haber comprendido el significado de la "prueba" de parte de Dios y cómo habérselas con la consolación para sacarle provecho.

Toda esta preparación espiritual debe servir como instrumento para realizar una buena experiencia en el retiro del Mes o de unos 10 ó 12 días. Esos EE no sólo descubren mucho sobre la propia vida personal sino también revelan la forma cómo Dios actúa en nuestras vidas y las exigencias que nos plantea. Como corolario de todo ello vendría lo que nosotros denominamos la "Consigna", es decir el poder recibir la formulación en palabra, de la gracia hegemónica por donde el Señor ya nos viene llevando. Una vez recibida esta consigna -que ocurre alrededor del tiempo de elecciones- se ha obtenido el criterio básico para ulteriores discernimientos, juntamente con la oración típica de cada uno, su composición de lugar "connatural" y su posición corporal acorde con todo ello (cfr. "La osadía de dejarse llevar", pp. 54 ss).

Siempre como fruto de los EE se tiene la experiencia de la Tercera Manera de Humildad. Allí Ignacio nos hace perder la indiferencia para colocarnos en un apasionamiento por Jesús y la causa del Reino de tal manera que, siendo igual gloria al Padre, se tienda a elegir más pobreza, más compromiso, más riesgos y más detalles en el cariño a Jesús. Es esta Tercera Manera de Humildad la que creemos funciona como catapulta hacia el compromiso histórico. La vinculación con el Cristo pobre y humillado -que se debe buscar "por principio"- nos hace lanzarnos hacia los pobres concretos, a pelear por sus causas -que son las causas de Dios. De ahí que un signo del progreso espiritual va a consistir en la solidaridad afectiva y efectiva con los pobres y su lucha. La señal de que se está creciendo en el espíritu es mostrar el seguimiento en los compromisos históricos. La solidaridad con los pobres reales y con sus



intereses profundos -que lleva a luchar por y con ellos- es la manifestación de una buena salud espiritual. El discernimiento "nace de una toma de posición con Jesús pobre y humillado actualmente (requisito) y lleva a defender su causa (verificación). Sólo con esas condiciones y con esos frutos es verdadero discernimiento" (Ibd, pag. 9).

Estos signos nacen como fruto de los EE, pero se tienen que ir concretando, historizando poco a poco. En todo ello hay algo gradual. Las vinculaciones con la causa de los pobres -a pesar de su obviada- no se nos hacen fáciles de establecer. Todo ello implica una reeducación, un cambio de relaciones sociales, de clientelas. Los pasos se pueden ir estableciendo dejándose llevar por el Espíritu y por las exigencias de la misma gente. Por esta razón decíamos que el pueblo pobre que lucha se convierte en la moción histórica que completa y complementa la moción que se da en el seno de la interioridad. Es la moción histórica (pueblo pobre que lucha) la que nos va radicalizando. Aquí no queda campo a una ascesis que pudiera ser un tanto artificial, sino al despojo que provocan "los condenados de la tierra" a los que se meten con ellos. La pobreza, como solidaridad con los empobrecidos, adquiere algo que ya no es "matiz" de mi vida, sino razón de ser profunda.

De manera que el gran signo de crecimiento es el continuo relanzamiento de la moción espiritual a la moción histórica, que vuelve nuevamente a la moción espiritual. En este movimiento creemos entender una de las maneras de explicitación de la fe y la justicia. La fe estaría más centrada en la moción espiritual mientras que la justicia estriba en la relación histórica.

Regresando al ámbito personal tendríamos otro signo de crecimiento espiritual. Por mucho que estemos "curados" de nuestras heridas, de nuestras debilidades, por mucho que nos levantemos y apoyemos en nosotros mismos, siempre nos rondará el pecado, siempre seremos causantes y víctimas tuyas, o por lo menos estaremos en la posibilidad de serlo. Sin caer en menosprecio o infravaloraciones, un signo del

crecimiento espiritual será la sensación de que uno es un poco rémora para la acción de Dios. Ignacio se percibía como "todo impedimento" para la gracia: se sentía "pobre en bondad". Todo ello no es falsa humildad. Y esto aun en el caso de no poderse contar pecados "manifiestos". Tenemos pues que un signo de crecimiento tiene que ver con la honda captación del "ser pecador". Ser pecador, con todo, perdonado y llamado a ser compañero del Hijo quien carga su cruz en nuestros días...

Dentro de ese sentimiento de ser pecador perdonado, un signo de crecimiento espiritual es haber recibido la gracia de "verse con los ojos con los que nos ve Dios". Sus ojos son miradas de verdad y cariño entrañable. Aprender a querernos como Dios nos quiere es una veta de crecimiento humano y espiritual cuyo camino es infinito, que será tan grande como grande es el Señor.

Y de allí, de ese cariño que me puedo tener porque Dios me quiere, es de donde va desprendiéndose otro gran criterio de crecimiento espiritual: tener el corazón de Dios; ser misericordioso como el Padre es lleno de misericordia. Tener una misericordia que en Dios es siempre solidaridad.

Para terminar, el último elemento, el último signo de una salud espiritual es la esperanza cristiana que es contra toda esperanza (Rom 4,18). Allí donde toda posibilidad parece terminarse, ahí surge el cristiano no con simples idealismos sino con la creatividad psicológica y sociológica para enfrentar incansablemente los retos; eso es la esperanza cristiana. Esa esperanza brota -como de su fuente- del hecho de haber experimentado a Dios. La mirada de positividad sobre mí mismo, se extiende necesariamente a una mirada de positividad sobre el curso de la historia y sobre la humanidad como totalidad. De ahí que brote la esperanza como el signo más positivo de la vida espiritual.

Quisiera terminar este capítulo citando a Péguy quien magistralmente dibuja lo que es la esperanza cristiana:

"Singular virtud la de la esperanza, singular misterio. No es una virtud como las otras, sino una virtud contra las otras.

Contradice a todas las otras. Da la espalda, por así decirlo, a todas las otras.

Y les hace frente. A todas las virtudes. A todos los misterios.

Va, por así decirlo, en sentido opuesto; nada contra corriente.

Remonta la corriente de todas ellas.

No es nada sumisa; tiene carácter, la pequeña. Hace frente, si así puede decirse, a sus hermanas; a todas las virtudes, a todos los misterios.

Cuando ellas bajan, ella asciende (es una gran cosa).

Cuando todo desciende, tan sólo ella se remonta y, de este modo, duplica, decuplica, a todas las otras, agrandándolas hasta el infinito".

En nuestras latitudes es este criterio el más significativo, el que puede comunicar más a Dios, lo que más necesita nuestro pueblo cansado de caminar, cansado de tanta injusticia, cansado de que no fructifiquen sus intentos, sus caminos. Quien se siente agarrado por Dios comunica esta esperanza alegre: "Tal es mi expectación y mi esperanza que en ningún caso saldré fracasado" (Fil 1,20), la visión positiva sobre sí mismo y sobre la historia.

## 6. DIFERENCIA ENTRE EL AE Y LA TERAPIA SICOLOGICA

### -Los lastres psicológicos-

Después de venir hablando tanto sobre el AE nos parece que caen por su peso las diferencias existentes, aunque también habrán quedado de manifiesto sus hondas vinculaciones. El AE tiene que remontar el crecimiento psicológico, eso es un hecho. Muchas veces, las personas requieren de un concienzudo trabajo de cara a su modo de ser tan herido y tan traumatizado.

Lo que puede suceder en la práctica es que el AE, como camina en regiones tan íntimas, si se lleva bien, puede suplir de alguna manera una terapia psicológica en los casos en que esto se necesita. Dicho de otra forma. El AE no es una terapia psicológica. Cuando se tiene necesidad de una curación debe buscarse la persona preparada para ello. En caso de necesidad, y cuando el acompañante tiene preparación/habilidad para ello, se puede suplir de alguna manera la terapia.

La terapia psicológica -dentro del esquema de discernimiento- se ocupa más bien del "de dónde me viene esto" que del "a dónde me lleva" que es típico de la discreción de espíritus, campo natural del AE. Ahora bien, la diferencia radical reside en lo que se llaman "mecanismos de transferencia". Aunque algunos terapeutas pueden fomentar las relaciones de transferencia de manera legítima,

un acompañante no lo puede hacer. Siquiatras o sicólogos alimentan reacciones hacia ellos mismos porque consideran la relación con ellos como vehículo primordial para el crecimiento y desarrollo del sujeto. La relación que se privilegia en el AE no es la del acompañante/acompañado, sino la de este último con el Señor (cfr. Barry. Op. cit. pág. 161). De ahí que el AE puede ser más libre y más espontáneo con su acompañado, pueda mostrarse más como es él mismo, pues lo que está en juego no es la relación entre acompañado/acompañante, sino que deja "obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor" (EE 15).

Considerando esta relación tenemos dos peligros que deben obviarse: la ingenuidad y el sicologismo. Se cae en la ingenuidad cuando se emprende un proceso de AE queriéndose distanciar y prescindir de todo lo que sea "meramente psicológico", entendiendo esto como todo un mundo desconocido. Una de las primeras consecuencias de ello reside en que se tenderá a atribuir a lo espiritual un cúmulo de situaciones o reacciones que son típicamente pertenecientes a las estructuras síquicas o que tienen su origen en heridas y traumas anteriores. Se culparán al mal espíritu y a Dios como causa de una serie de fenómenos totalmente explicables por la psicología.

Pero también el sicologismo, el encontrar pseudointerpretaciones psicológicas a todo, es caer en otra trampa, es no haberse abierto a una dimensión humana: la capacidad de fe, y más aún, a la economía divina respecto a las personas, a quienes El visita, acompaña, inspira, da su gracia, cariño y soporte. Esto es no haber percibido que hay un "rumor de ángeles" (Berger).

Para Ignacio, por ejemplo, que no pudo haberse formado en la psicología, el modo de poder captar a una persona es ubicándose en primer lugar en su estructura psicológica. Sin un radical conocimiento personal no es fácil sentir a Dios en la intimidad del corazón. Ignacio escribía a una madre sobre su hijo diciéndole que él rogaba a Dios para que pudiera darle la gracia "para que consiga un profundo

conocimiento de sí mismo y pueda sentir en las profundidades de su alma la presencia de su Divina Majestad" (Epp I 92). No es sino otra manera de expresarse de Agustín: **Deus intimior intimo meo**, Dios es lo más profundo de mi intimidad.

Hay una serie de planteamientos que típicamente tienen una interpretación psicológica previa, y que, a menos que se desmonten, no habrá avance en el proceso espiritual. Vamos a tomar algunas de estas experiencias por lo demás muy comunes.

La primera tiene que ver con algo que no pertenece al campo propiamente psicológico. Se trata, en terminología bíblica del problema de la pregunta de Job: ¿por qué sufre el inocente, por qué los pobres siempre juegan la peor parte...? Como señalábamos, todo este conglomerado de problemática estriba más bien en el campo de los problemas sociales. Con todo, esta pregunta de Job tiene una vivencia personal muy honda cuando los acompañados han tenido que sufrir dolores, traumas, sucesos personales que no comprenden. Es el toparse con el problema general del Mal, pero injertado en las biografías, golpeando las psicologías de tal manera que no se comprende la bondad del Padre, de modo que se hace difícil comprender su cariño por los pobres y los sufridos. Como decía Camus "rehusaré hasta la muerte esta creación donde los niños son torturados" (La Peste, Aguilar, 1979, p. 307). El grito es siempre el mismo: ¿cómo Dios pudo permitir que me pasara tal cosa? Allí el esfuerzo consiste en ayudar a integrar el problema humano, primeramente permitiéndoselo sacar a flote, dejándoselo sentir, poderlo expresar -a veces con sufrimientos inenarrables- como paso previo a poder convivir con ese problema antes de darle una lectura teológico-espiritual.

Otra problemática bastante genérica es la del mundo de las heridas psicológicas y de los traumas. Como bien se sabe sobre todo en la infancia, la psicología es un receptáculo impresionable que guarda las huellas dolorosas que matizan su psicología, de tal manera que toda ulterior

experiencia viene coloreada por las primeras impresiones negativas. Estas heridas o traumas en la medida que tienen vigencia se muestran por las "reacciones desproporcionadas" en la cotidianidad. Muchísimas de las "lecturas" que a veces hará el acompañado, sobre todo en los comienzos, de lo que le pasa tiene que ver casi inextricablemente con estas matrices de negatividad que tienen que desmontarse primeramente para no confundir esas sensaciones o sentimientos o discursos con lo que luego será la influencia de los espíritus buenos o malos. Uno de los primeros pasos, por tanto, para avanzar en el AE es ayudar a distinguir los campos: lo que pertenece propiamente al mundo de la psicología -herida en la mayoría de los casos- y lo que pertenece al mundo de las mociones y tretas. Mientras esto no se pueda distinguir con facilidad se cae en innumerables trampas. No hay avance posible en la vida espiritual. Se podría objetar que hasta que una persona no tenga esta "sanidad psicológica" no se podría comenzar el AE (cfr. Barry, Op. cit. pág. 72), sin embargo en el modo habitual de llevarse las cosas, los que acompañamos espiritualmente nos topamos con personas que nos vienen así y hay poca facilidad para remandarlas a otras instancias más técnicas. El problema es que de ordinario, los acompañados perciben todo ello como en una nebulosa espiritual y por eso primeramente buscan el AE para resolver todo ese conflicto donde, con todo, experimentan también una llamada al servicio y al seguimiento de Jesús.

Otra situación de convergencia psicológico-espiritual es la del mundo de la "marginación" por llamarlo de alguna manera. Se tienen allí los casos de problemas de integración psicológico-espiritual del racismo (personas indígenas, morenas, "nativos" en general) que se sienten inferiores al prototipo de hombre o mujer que se nos vende en los medios de comunicación aun de la propia Iglesia institucional. Esto colinda con lo que adelante llamamos el problema de las imágenes pero tiene tintes diversos; en cuanto lo experimentado acá tiene un soporte objetivo: la discriminación racial. Ayudar a integrar esto es algo difícil, supone poder expresar el dolor de esa marginación, aprender a convivir con ello y luego poder

acercarse a una lectura teológico-espiritual, que en este caso es sumamente valiosa: Dios ha escogido lo débil, lo que "aparentemente no vale" para confundir a quien se cree centro de la creación.

En este mismo punto de la marginación se debe ubicar el hecho (se discute que no debe enfocarse ya como "problema"), de la homosexualidad. Aunque en América Latina se esconde la problemática teórica -quizás por el peso del machismo que vivimos, y contrario al mundo anglosajón- es un dato vigente y que cada vez más se presenta como algo común ante lo que se debe dar una pastoral de acompañamiento adecuado. El primer paso en todo ello es lograr que el acompañado "pueda" expresar sus vivencias que en casi todos los casos son dolorosísimas y con cargas morales y seudoreligiosas muy pesadas que ahogan a las personas. Una vez expresadas hay que ayudar a las personas a que encuentren, a nivel de las sensaciones, lo que pudiera ser el origen de todas esas tendencias que experimentan. En muchos casos habrá datos traumáticos como origen del dinamismo desatado. Parece que en algunos casos no se da como un traumatismo, sino como un camino tranquilo de iniciación -lo cual, personalmente, nunca he encontrado-. Una etapa importante en todo esto consiste en un dato de la voluntad. Es necesario poder establecer con el acompañado por dónde se siente llamado a establecer su propia identidad. Sólo puestos estos datos en claro se puede ayudar a caminar por las huellas del seguimiento de Jesús en el servicio de los más pobres y necesitados. Si lo anterior no se logra, siempre habrá espacios oscuros, puntos de turbulencia que a la larga minan mucho la sicología y restan impulsos apostólicos.

Hablando de la voluntad, esto permite introducirnos a otro ámbito de convergencia psicológico-espiritual: el problema de la consistencia de las voluntades. Así como en otras épocas se fomentó -a fuerza de despreciar y aplastar otros valores- la energía de la voluntad, cayendo en un voluntarismo principalmente en la vida espiritual, en nuestros días nos vemos envueltos en una atmósfera de falta



de compromiso generalizado. En Europa es claro el ambiente de haber "pasado" de todo: el matrimonio en el primer mundo está en crisis precisamente porque no hay posibilidad de mantener una responsabilidad de por vida. En los Estados Unidos no es raro el que se plantee con frecuencia sobre la viabilidad de unos votos perpetuos... Todo esto nos presenta un mundo que no favorece la consistencia en lo que se asume. En el mundo espiritual, en donde al Señor no le gustan las terceras posiciones, en donde se está con El o contra El, en donde quien pone la mano en el arado y vuelve para atrás no es digno de Jesús, en donde se tiene que estar dispuesto a cambiarlo todo por la Perla del Reino, esto genera complicaciones. Parte del trabajo del acompañante consistirá en ayudar a resaltar la importancia de la voluntad -sin caer en voluntarismos- en ayudar a fortalecerla y en establecer algo que se podría llamar **pedagogía del compromiso**, es decir, un camino para ir logrando ser cada vez más congruente con los pequeños desafíos de la vida diaria. Sólo si se es fiel en lo poco, se es fiel en las grandes tareas por el Reino. Aquí el acompañante tiene que echar mano de algunas técnicas que ayuden a ejercitar la voluntad, a darle consistencia y a poder ir exigiendo que el acompañado vaya siendo fiel, al que primeramente es el superfiel con nosotros. Para esto el marco ideal, el encuadre salvífico es el pueblo pobre en su fidelísima lucha contra toda esperanza. Sólo vinculados a esa "moción histórica" que es el pueblo pobre de Dios en marcha "llegaremos al final".

Nuevamente, si el acompañante no esté vinculado a esa moción histórica, poco encuadre de soporte podrá ofrecer al acompañado.

Otra vivencia compleja es que se suele experimentar la vida religiosa con una marcada carga negativa sobre la moralidad sexual. Es lamentable que en la educación moral y religiosa se transmite un falso Dios preocupado única y "morbosamente" por la vida sexual. Eso más que experiencia cristiana es una experiencia de un trauma religioso-moral. De ahí que todo avance en la vida del

espíritu tenga que desactivar una formación y una vivencia traumática sobre la vida sexual relacionada muchas veces con una experiencia religiosa, ¡qué no cristiana! Pareciera que la iniciación al sexo -sobre todo en años anteriores- siempre se tenía que realizar de forma traumática y con el corolario de Dios de por medio. Para poder echar a andar y ganar en libertad, hay que ganar entonces espacios en la comprensión de todo eso. Sólo así se justipreciará el sexo y se le dará el lugar que tiene en la vida; por otra parte se comprenderá la importancia del único mandamiento del Señor, el del amor mutuo, que no tiene precisamente que ver con la masturbación ni con las imágenes sexuales.

Muy ligado a esto está la experiencia de falsas imágenes de Dios como juez, como supervisor, como padre, sí, pero a la imagen del propio padre biológico quien quizás ha causado el gran trauma de la vida. Esto es un poco más difícil de desmontar ya que las vivencias son directamente relacionadas con la idea de Dios. Todo ello va a suponer un proceso de superación y depuración de esas imágenes, a la par que se vaya experimentando la alteridad de Dios, que se deja sentir así en lo íntimo de la oración. En esto se da una de las regiones de traslape más comunes entre la terapia psicológica y el AE. Esto hace eco a la frase de Agustín: **Domine noverim te noverim me**, donde conocer a Dios es condición también del propio conocimiento.

Siguiendo con las imágenes, tendríamos el problema de las autoimágenes, de ordinario muy deterioradas y que tienen incidencia espiritual en cuanto uno se contempla a sí mismo como alguien que no tiene importancia para Dios; no se es "sujeto" frente a él. De ahí que se puedan derivar mecanismos de culpabilidad, o deseos de "retribuir" o de pagar, o de ganarse la voluntad de Dios haciendo cosas heroicas o sufriendo humillaciones con un tono insano en todo ello.

Finalmente podría simplemente hacerse notar que el problema de la libertad es otro punto crucial en el trasla-

pe entre lo sicológico y lo espiritual; sin embargo tememos usarla, creemos que si yo no hago exactamente lo que Dios me pide en un discernimiento, (no en el campo de los mandamientos o de las responsabilidades históricas) si no continúo, por ejemplo, en la vocación, sino que, aun sintiéndola, quiero seguirlo en otro camino de compromiso, etc., creo que Dios me va a condenar. Es muy difícil experimentar que si Dios me hizo libre no es juego, que respeta la libertad aunque no le guste todo lo que yo haga con ella. Este miedo a la libertad, por un lado frente a las inseguridades acrecentadas por el entorno "todopoderoso" de Dios, hace difícil vivir los procesos espirituales e implica un trabajo tanto por el lado sicológico como por el espiritual.

Por todo ello volvemos al comienzo. El AE no es una terapia sicológica. Cuando se tiene necesidad de una curación o de replantear un problema serio debe buscarse una persona competente e indicada para este campo. En casos de necesidad y cuando el acompañante tiene una preparación/habilidad se puede suplir de algunas maneras una terapia. No olvidemos tampoco lo último: hay muchos casos de traslape de experiencias sicológico-espirituales frente a las cuales se tiene que mover el AE. La mayoría de esos casos -si no son patológicos- pueden tratarse por un acompañante suficientemente capaz y experimentado como para poder distinguir la diferencia, autonomía e interrelación de los estados sicológicos y de los de la vida del espíritu.

El acompañante espiritual debe tener por tanto una personalidad capaz de gran humanidad, debe siempre generar confianza. Si bien es cierto que el AE no establece la relación de transferencia típica del mundo sicológico, sí hay una suerte de **transposición** de las imágenes de Dios. Una vivencia totalmente gratuita, pero que acaece a veces, es cuando un acompañado dice a su acompañante que siente que Dios debe ser un poco así, que por el modo de comportarse, el acompañante refleja -en lo que luego será en grande- el cariño del Padre. ¿Cómo se provoca esto?

La sola pregunta está fuera de lugar. Eso acaece a veces, pero es que Dios utiliza al acompañante para mostrar su cara de cariño, hace así visible su bondad y su amor por la humanidad (cfr. Tito 3,4).

¿Cuáles serían los requisitos básicos de una personalidad así? Un acompañante es una persona que no es perfecta, pero sin embargo es relativamente madura. Da signos de estar comprometido con la vida y con la gente; esto se le nota. Hay un tenor de optimismo que no es ingenuidad en todo lo que desempeña. Sobre todo ha sufrido, pero no se ha dejado vencer por el sufrimiento y la negatividad. Ha amado y ha sido amado. Conoce lo que es la lucha por la vida, conoce lo difícil que es construir y mantener la amistad. Por eso tiene amigos a quienes quiere de verdad y de los que se preocupa profundamente. Ha experimentado fracasos y pecados -los propios y los ajenos- pero se encuentra a gusto consigo mismo de tal manera que refleja la experiencia de haber sido salvado y liberado por un poder mayor que el del peso del fracaso y del mismo pecado. No le teme tanto a la vida con sus luces y oscuridades, le respeta su carácter de misterio (cfr. Barry, Op. cit. 124).

El acompañante deberá tener un "excedente de ternura" (cfr. Ibid. 126) que en definitiva es saberse con humildad un poco ser rostros de Dios -Templos del Espíritu, lo llama Pablo- no para nuestra gloria sino para apoyo de los "muchos" y en especial de los que más lo necesitan: la gente sencilla de ese su resto consentido (Sofonías 3,12 ss).

## **7. PAPEL DEL AE Y DEL ESPIRITU EN EL PROCESO ESPIRITUAL**

### **-El AE y las otras instancias de ayuda-**

Los papeles están muy claros: el Espíritu es el agente que interviene activa y eficazmente en el proceso espiritual dependiendo de la anuencia de la libertad humana. El acompañante es simplemente un testigo, un reflejo-eco de lo que sucede a aquél a 'quien se acompaña y por último es un cotejador de la justeza y congruencia de lo que se vive.

Pero también ya insinuábamos desde la introducción, cómo el acompañante es en parte reflejo de Dios, y debe ser instrumento en sintonía con el Espíritu. Esta sintonía no se logra por un esfuerzo ascético abstracto, sino por la preocupación continua de estar al lado de la lucha de los pobres. El acompañante debe conocer el modo de proceder del Espíritu para poder ayudar a discernirlo. De allí que tenga que conocerle en su principal actividad que es la de "renovar la faz de la tierra", la de hacer surgir del Caos el Cosmos más total. Por eso el requisito del acompañante es en parte el mismo que el que se pide para la meditación de Banderas: estar al lado del Jesús sufriente. Si estar con los pobres y sus luchas era la condición y requisito para poder hacer bien el discernimiento, el que acompaña ese proceso debe tener los mismos requisitos so peligro de equivocarse si no estuviese allí.

Está claro que quien guía es el Espíritu pero el acompañante ayuda a interpretar su acción. Como decíamos ejerce el trabajo de ser testigo de la acción de Dios y un testigo de la respuesta humana ante la interpelación del Señor de la Historia.

Lo que hemos dicho aquí deja en evidencia cómo es el Espíritu del Señor el que guía, conduce e impulsa el proceso espiritual. Más aún, es ese mismo Espíritu quien partiendo de los impulsos internos lanza hacia la moción histórica, que es el pueblo pobre de Dios en marcha hacia su liberación. La acción del Espíritu en el fondo de los corazones y memoria de Jesús en la Historia, es agente decisivo, determinante y causa en el caminar.

Ahora bien, ese Espíritu se va manifestando -como ya se viene diciendo- de múltiples formas, son muchos los niveles de mediación. El lugar que ocupa el maestro de novicios, solemos decir, es el cuarto en la jerarquía de los "maestros". El primero y principal maestro es el Señor, a quien se le encuentra en el contacto directo con su Palabra, en sus signos y en lo íntimo de la interioridad. El segundo maestro son los pobres. Allí está el mismo Señor pero con la cara de dolor, de empobrecimiento, de tortura, de abandono. Es ese maestro -los pobres concretos- el que va formando el tipo de cristiano (jesuita en nuestro caso) que se tiene que llegar a ser: responsable de los que están sin voz ni derechos y compañero de sus proyectos históricos. Añadimos también que el tercer maestro es la estructura de la vida en común, con la fraternidad como guía co-responsable del crecimiento, con las exigencias de la vida común (horarios, disciplinas, oficios, trabajos por los demás). Sólo en un cuarto lugar viene el rol del maestro de novicios. **Mutatis mutandis**, tenemos acá no sólo el papel del AE sino también el nivel jerárquico en que éste se debe encontrar. Aunque tiene una responsabilidad concreta (el maestro de novicios, por ejemplo, según Ignacio, debe ser aquella persona a "quien recurran en sus tentaciones y se descubran confiadamente, esperando de él en el Señor nuestro, **consuelo y ayuda en todo**" Const. 263),

su instancia no es de primer orden. Así también para aquél que es acompañado sus instancias serían: su propia conciencia, Dios que le habla en el secreto del corazón (desde su palabra y sus sacramentos), el pueblo pobre -rostro de Dios en la tierra-; y las plataformas comunitarias/institucionales en donde cada quien se mueve. Luego vendría el lugar del acompañante.

Cabe señalar que la tercera instancia -el tercer maestro- que es lo comunitario, en muchos casos es el ámbito de la "pareja". En la línea seguida hacia el matrimonio la pareja juega el rol importantísimo no sólo como complemento, como compañero de ruta, como apoyo, sino que con el amor que se entregan median a Dios recíprocamente; son más presencia del Señor uno para el otro. De ahí que en el proceso espiritual, para los laicos, deba valorarse mucho esta relación de interpelación por vía de ese "personero" de Dios que es el otro con el que se establece la aventura de ser pareja para la construcción del Reino. (Eso respecto al lugar de las instancias).

Pero ahondemos un poco más sobre el mismo rol del acompañante, en contraposición a la acción del Espíritu. El talante de toda la actividad del acompañante es el de testigo. Es testigo del caminar y del progreso en todo ello. No vamos a repetir lo que señalábamos como signo del avance espiritual. El acompañante simplemente dará testimonio de cuánto se está caminando. Por ello es que decimos que el acompañante es eco-reflejo de todo el proceso. También puede llamar a la objetividad de lo que el otro experimenta ayudándole a comprender si se ha captado bien la acción de Dios, y si la puesta en práctica de esas mociones tienen realizaciones ponderables y verificables; es decir, evitar el **alibi** (la coartada) de los buenos deseos o intenciones.

¿Pero se queda todo en el plano del mero ser "presencia", ser testimonio? Creemos que no. El acompañante tiene también que discernir lo que pasa con el otro. Al comenzar una relación de ayuda se da como un acuerdo

(tácito o explícito) que también el acompañante va a adquirir el derecho de introducirse en la interioridad del acompañado y por tanto, que va a tener cierta participación en su caminar. Su intervención será siempre desde el respeto, pero con la libertad que da el Señor para que siempre oriente con verdad y refleje no sólo el estadio presente en que se encuentra el acompañado, sino también el llamado a que éste ha sido invitado. En ese sentido la capacidad de discernir lo que acontece al otro, lo convierte por gracia en **testigo del futuro**. El acompañante es un testigo de lo que debiera ser, de la utopía personal desde la que invita y desafía a aquél que lo ha dejado participar de su ruta.

Esto implica que cada entrevista, para el acompañante es un momento de discernimiento espiritual, en donde pone en juego lo que ya conoce de esa persona y escucha con atención las invitaciones del Señor para hacerse una imagen de cuál es el camino que se le está abriendo al otro y así, desde ese nuevo hito, ayudar a invitar al acompañado para que avance. Se hace eco de la preocupación de Pablo quien pedía un favor: "vivan a la altura del llamamiento que han recibido" (Ef 4,1).

El hecho de que las personas ya estén formadas, (en el caso de los religiosos que ya hayan pasado la etapa propiamente de formación), no exime en modo alguno de la necesidad del AE: "es cierto que en cosas y personas espirituales es aún más necesario este consejo, por ser grande el peligro de la vida espiritual, cuando sin freno de discreción se corre por ella" (Epp 4, 669), decía Ignacio.

Más aún, es precisamente en gente ya madura y formada, en personas que conocen hasta demasiado de discernimiento y de vida espiritual (padres directores de EE, predicadores, etc.), en donde suelen encontrarse fenómenos de una 3ª etapa espiritual (3ª semana la podría llamar Ignacio), de la cual creemos encontrar indicios en la regla séptima de la segunda semana (EE 335). Allí nos habla Ignacio, de "los que proceden de mal en peor"... ¡Esto en segunda semana!



Ignacio hablando en plenas reglas de 2ª semana nos refiere, como decíamos, a gente que va de mal en peor. En esos casos, dice, el ME entra "con silencio como en propia casa a puerta abierta" (EE 335) ya que "la disposición del ánimo... es símile". Lo cual nos está indicando que hay ciertamente la posibilidad de una 3ª época en la que ya el ME ha logrado engañar con sus "asiduas falacias, con sus sutilezas y razones aparentes" a las personas y ha logrado hacerles caer en su depravada trampa a largo plazo. La gran falacia es hacer pensar que todo marcha bien, que no hay problemas, que se está en la razón; que se maneja el discernimiento, etc. Esta persona, bien analizando el caso, va de "mal en peor" y lo peor de todo es que no se da cuenta -no se puede dar cuenta-.

Creemos que estos fenómenos acaecen precisamente cuando ha faltado en el proceso personal un AE. Ejemplos hay más de los que uno se imagina. Son los religiosos, que podrán rezar su breviario, decir la misa todos los días, hacer sus ejercicios (eso sí, solos, nunca gustan de hacerlos en comunidad), pero que son personas que no se les experimenta "como de Dios"; pueden vivir al margen de lo que acontece en la historia y al margen del sufrimiento de los pobres. De esto hay muchos casos cuya malicia sólo se puede medir tal vez por la falta de disponibilidad o por el apego a ciertas "cosillas" en donde han enraizado el corazón. Frente a estas personas lo único que le resta al Buen Espíritu es actuar como en el tiempo de la prehistoria espiritual (cuando las personas van de pecado mortal en pecado mortal, EE 314), es decir, generando sonidos que chocan y que generan inquietud, "como cuando la gota de agua cae sobre la piedra" (EE 335). No en balde, Ignacio coloca muy tarde en el proceso de formación de los jesuitas, la famosa **Schola affectus** (escuela de afectos o 3ª probación), donde es posible volver a recoger el "antes" espiritual y recibir experiencias frescas y lozanas que contrasten con la inercia de una vida espiritual raquítica internamente pero revestida del formalismo y quizás de la falsa piedad.

Como se ve el Espíritu es el agente del proceso espiri-

tual toda vez que la persona libremente opte por ello. El acompañante es, decíamos, un testigo cualificado -con densidad eclesial: representa a la comunidad-, que refleja, verifica y discierne el camino de aquél a quien acompaña teniendo muy en cuenta "la vocación a la cual él -el acompañado- ha sido llamado". Es el AE la salvaguarda de que en el proceso no nos vamos a equivocar, no sólo para no perdernos por la vía de los fervores indiscretos -como ya lo prevía Ignacio- (cfr. Epp. 4,669), sino también para no permitir que las tretas de 2ª época que tienden a minar a largo plazo se fortifiquen y enseñoreen de la persona de modo que se vuelvan ya impermeables a la acción de Dios, como no sea a la manera de la prehistoria del camino cristiano: teniendo que punzar con el "síndereses de la razón", o con algún acontecimiento catastrófico (en lo personal, por ejemplo) que permita una conversión otoñal... De ahí que mientras el acompañante esté más unido al modo de ser de Dios: solidaridad, misericordia y más se identifique al espíritu de las Bienaventuranzas (cfr. Const. 813), se estará disponiendo mejor a realizar su cometido. En la medida que el acompañante es dócil al Espíritu invitará a dejarse llevar por él hacia los hontanares donde nace el Reino de Dios.

## 8. COMPARTIR EN GRUPO COMO SUPLENCIA DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

### -El contexto comunitario-

Ya comenzamos a tratar algo de esto al hacer alusión a las instancias asimétricas en donde deben colocarse los diversos papeles que le incumben al Espíritu, al AE, a los pobres y a la comunidad con sus múltiples exigencias y roces. No podríamos entonces enfocar esto como una "suplencia", sino más bien como una instancia que no está al mismo nivel; el AE y la puesta en común del discernimiento personal, no son isotopos.

Habría, eso sí, que recuperar mucho más el rol del "grupo" o de cualquiera de las representaciones de lo que puede ser la "iglesia" (convocación y asamblea). Así como no hay salvación individual sino que lo hacemos en la Iglesia únicamente -"extra Ecclesiam nulla salus"-, así tampoco se ejercita y se extiende su fruto sin la cooperación corporada de los hombres y mujeres de buena voluntad. De manera que como no nos habituemos a trabajar en grupo, a pensar por la colectividad, no estamos cimentando las bases de lo que facilita el advenimiento del Reinado de Dios; es habernos tragado el mensaje individualista y egocéntrico que mira todo como bien personal y privado. En ese sentido no terminamos de ser verdaderamente hombres y mujeres de Iglesia, pero comprendida esa pertenencia en todo el hondo sentido sociológico y por eso de más raigambre cristiana, en cuanto generadora de fraternidad

estructurada.

Hay que tomar en serio el papel de una comunidad, de la pareja o de la familia -cualquiera sea el caso que se nos presente- en su calidad de personificación de Dios y también en su capacidad de interpelación para hacernos avanzar por donde Dios quiere que le sirvamos, acorde a sus gustos, bien parcializados por cierto (Is 58).

Si habláramos de suplencia, estaríamos quitándole toda la responsabilidad **ad aedificationem** que tiene lo comunitario. Y eso, como decíamos en todas las dimensiones. El modelo de la pareja es quizás el más excelso para comprender la fecundidad de esta "microiglesia", como compañeros de ruta, en donde se experimentan "el uno para el otro, para los demás". Todo lo que sea compartir, discernir y hablar en profundidad es quizás lo que más hará crecer mutuamente. La pareja tiene la gran capacidad que, gracias a los incentivos afectivos y sobre todo sexuales, se pueden saltar una serie de represiones y temores que a solas no se podrían curar; "¡no es bueno que el hombre esté solo!".

Para los llamados a vivir en comunidad es ésta la instancia connatural para el crecimiento. En la Compañía, por ejemplo, el novicio entra con una vocación que es individual, pero comienza con un grupo, con los que empieza a formar un cuerpo y van avanzando como cuerpo. Todo el análisis de las Constituciones nos brinda un dinamismo en el que el "cuerpo" es lo central. Se pasa del cuerpo personal al cuerpo social, del cuerpo biológico al apostólico. Del carisma del Espíritu a la necesidad de la incorporación de unas reglas. Por tanto, el cuerpo no es nunca, en el crecimiento espiritual, una suplencia: es una instancia de primerísimo orden. La Compañía de Jesús es lo que es gracias al impulso que se dio en aquellos primeros "amigos en el Señor". La instancia que nos hizo jesuitas no fue la obediencia (aunque después sea nuestro "principal fundamento", como dijera Ignacio) sino el escenario de los amigos en el Señor que se postulaban exigencias, que sentían en común; que discernían lo que el Señor les iba indicando

como cuerpo en formación.

Lamentablemente la Compañía y las otras congregaciones religiosas, nos individualizaron en demasía en los años pasados. De todo esto se ha venido dando una recuperación. Hay nuevas modalidades hasta de experimentar la comunidad. Ha sido siempre muy típico en la Compañía, la **Communitas ad dispersionem**, y de esto siempre ha dado muestras fuertes la historia de la orden. Ni el espacio ni la distancia hacía que se sintieran los primeros compañeros alejados unos de otros; es célebre la frase de Ignacio a Javier: "Todo vuestro sin poderme olvidar en tiempo alguno". Por otra parte, emocionan las palabras del mismo Javier al recibir las de Ignacio donde experimentaba tanta alegría, "tanto gozo y consolación cuanto nuestro Señor sabe. Y pues por letras solamente creo que en esta vida nos veremos, y en la otra cara a cara, con muchos abrazos, resta que en este poco tiempo que desta nos queda, por frecuentes letras nos veamos" (31 marzo 1540).

Todo ello nos lleva a revalorizar en el crecimiento espiritual de las personas, el papel de la comunidad y de las verdaderas amistades en el seguimiento de Jesús.

Más aún, si se quisiera establecer una "suplencia" se caería en un grave problema. El compartir, -por sincero y profundo que sea-, si es en grupo, mengua en la sinceridad y la capacidad de entregar los secretos más íntimos. Más aún, la conciencia es algo inalienable; sólo actualmente en la Compañía y en ninguna otra congregación religiosa, se compromete uno a dar cuenta de conciencia, y a la transparencia con el superior por tener como perspectiva la misión. Pero de suyo psicológicamente no está uno preparado para decir todas sus cosas en un foro abierto por hondas que sean las vinculaciones. En todo habrá sus excepciones... Y entonces querer "recoger" de un compartir comunitario el mismo tipo de cotejamiento -a igual calidad, profundización y conocimiento- es algo que cae en el idealismo.

Nosotros hemos tenido la experiencia de compartir los

discernimientos personales. Es una experiencia sumamente rica. Esto no es lo mismo que discernimiento en común. Simplemente es participar el proceso personal con la comunidad o con una "mutualidad" (Enrique Gutiérrez Martín del Campo, S.J.). Esto ofrece varias ventajas. El que expone su proceso encuentra un eco multiforme de lo que él transmite, de la obra que Dios hace en él. Por otra parte encuentra un espejo múltiple de lo que proyecta en el momento de exponer, la cotidianidad -donde los otros son testigos constantes-. No hay que olvidar la riqueza que implica el que se encuentra parámetro objetivo de la congruencia del discernimiento y lo que en realidad vive.

Para la comunidad "oyente", por su parte, se ofrece un medio de construcción verdaderamente de comunidad, en base al respeto de la obra que realiza Dios en cada uno. Se le puede conocer al otro desde la mirada y la acción de Dios. Las personas que oyen lo que se comparte se comprenden mejor a sí mismas, al verse objetivados en el otro.

Por otra parte la comunidad tiene un gran papel en ayudarnos por las estructuras externas con que ella cuenta para hacernos más acordes con lo que nos señala y traza Jesús. La Compañía como gran comunidad, con sus lineamientos nuevos (CG 31,32,33) nos enrumba hacia metas, dinamismos y retos que a solas nunca hubiésemos ni siquiera imaginado alcanzar. Lo mismo sucede en otras congregaciones. Todo lo que potencie por eso la vida común estará beneficiando el proceso espiritual. El tipo de vocaciones con las que nos vemos rodeados hoy en la Compañía, sobre todo en el Tercer Mundo, nos invitan por cultura y por extracción de clase a vivir lo comunitario con dimensiones nuevas. La gente pobre es capaz de compartir con uno no lo que le sobra, sino lo mejor que tiene; se despoja del alimento, se lo quita literalmente de la boca para dárselo a uno. Son capaces de tirarse a dormir en el suelo por brindar la pobre cama. Todo esto lo traen ahora nuestras vocaciones como "dote" preciosísima. La Compañía y las órdenes religiosas debemos "enriquecernos" con su pobreza

y aprender las dinámicas comunitarias que ello extraña. No sólo tenemos que aprender a vivir en más austeridad y pobreza sino aprender a descansar como los pobres y con ellos. El colorido de una comunidad con todo este influjo tiene que ser distinto, tiene que ser fuente de mayor credibilidad porque es más humano y porque nos enseña en lo sencillo a "pasar haciendo el bien".

De manera que la experiencia comunitaria debe vivirse cálidamente y enraizados en la sencillez de vida, no como una fría plataforma de la Misión, menos aún con la experiencia de fardo de un San Juan Berchmans, S.J. **mea maxima poenitentia vita communis**, (la vida en comunidad es mi mayor penitencia), sino con la potencialidad que da el compartir y ser verdaderamente "co-pannis", (raíz etimológica de compañero), no sólo quienes compartimos el mismo pan, sino quienes somos pan los unos para los otros para poder así compartirnos con los desheredados de la tierra.





## **A P E N D I C E S**

- 1. Metodología del enfoque corporal (FOCUSING)**
- 2. Guía de referencia práctica del Discernimiento**



## 1. METODOLOGIA DEL ENFOQUE CORPORAL (FOCUSING)

Presentamos a continuación una guía práctica para realizar el "enfoque corporal" (focusing), del que se ha hecho alguna referencia en el curso del artículo. **Esto es una guía para ayudar sobre todo al que ya ha tenido alguna experiencia de un "focusing" conducido.** Parece, con todo, que el camino puede recorrerse -aun sin acompañante- sin muchos problemas hasta llegar a lograr un "enfoque corporal".

Como se ha insinuado, dentro del instrumental que ayuda al crecimiento personal 'hemos encontrado que el "focusing" es uno de los métodos más facilitadores en este caminar. Hacemos alusión, por tanto, a la obra de E. Gendlin (**Focusing**, Bantam. 1982). Según este autor el cuerpo y la sensibilidad guardan prolija memoria de los acontecimientos y sucesos del pasado (tanto positivos como negativos sobre todo), que dejan ahí en el cuerpo su impronta. Por tanto el proceso curativo tiene que estar en constante vinculación a la repercusión corpórea -a sus cambios, a sus reacciones- para encontrar el camino que conduce a lo que origina y ocasiona lo que se está experimentando en el presente.

Lo maravilloso de todo esto es que en la medida en que lo "molesto" se ubique y enfoque mejor, eso puede desactivar las conductas del cuerpo y por tanto modificar la actividad total de la persona.

La clave de todo este método es captar lo que Gendlin llama la "sensación sentida" (felt sense) que es algo que al

comienzo no puede definirse con exactitud. Es "algo como si...". He aquí algunas de las características de esa sensación muy común a la que con frecuencia le ponemos etiquetas racionales sin dejar que la sensación con su complejidad se deje expresar:

- Es indefinible, no se puede explicar bien.
- Es algo difuso. No se ven bien los límites.
- Es globalizador. Abarca toda la persona.
- Es enigmático: se intuye que hay algo por descubrir.
- De ahí que para desentrañarlo haya que "enfocar".

Dos parecen ser los requisitos básicos para utilizar este método, ambos de igual importancia:

- No dejar intervenir mis juicios, mis pareceres.
  - =Excluir los verbos típicos de esto: "creo", "me parece", "digo"..., etc.
- Estar atento a los movimientos corporales (body shift) como criterio de si se está atinado o no.
  - =Es la modificación -a veces sumamente leve- la que puede indicar que se está en buena pista.

## **Método del enfoque**

### **1. ¿Qué me pasa?**

-Se genera un espacio interior: se busca la conexión consigo mismo. (Esto se logra llevando la respiración acompañadamente hasta el centro del estómago. Ello puede tomar unos 3 minutos).

-Se hace un inventario de lo que siento: ¿De verdad me siento bien? ¿No hay nada que me moleste?

=Voy enumerando las diversas cosas que me habitan.

=Las "trasvaso", pasándolas como de una parte a la otra. Esto lo hago varias veces. Como quien quiere enfriar líquidos. Este movimiento otorga mucha libertad interna. Me enseño de mis problemas. Los puedo manipular. Yo no soy mis problemas, yo los poseo no ellos a mí. Otra imagen es la de quien teniendo que llevar un

pesado fardo, puede depositarlo en el suelo para tomar fuerzas...

-Escojo entre los problemas, lo que me resuena más corporalmente. Pongo atención allí donde el cuerpo subraya algo.

=Eso que resuena puede ser un cosquilleo, una respiración más acelerada, una contracción en el estómago, una distensión de la cara, de los miembros, etc. Pueden ser cosas positivas o negativas, pero en definitiva es clara señal de que se está acertando por ese camino.

## **2. Sintonización**

-Me conecto bien con el cuerpo, especialmente con la parte que está siendo implicada. Eso va a ser mi vehículo. Me transporto en esa sensación "pegándome" a ella. (\*2 ó 3 minutos).

-Dejo que "eso" tome volumen. Que suba su sonido al máximo. (\*2 ó 3 minutos).

-Describo, entonces, lo que experimento corporalmente. Cómo siento mi cuerpo.

=Busco una palabra, una imagen, una frecuencia de onda, que sirva como de asidero al sentimiento difuso. Hay que dejar que la sensación se pueda expresar de la mejor manera que quiera ella, (me tomo el tiempo necesario).

+qué cualidad tiene, qué sensación corpórea, (\*que resuene en mí, que me agarre y yo la agarre).

-Qué derrotero se me abre. Por dónde hay sensación de haber encontrado el hilo conductor corporal. Esa es la entrada.

-Nota: todo eso se logra chequeando el cambio en el cuerpo (body shift), constantemente.

## **3. Búsqueda del punto de emisión**

-En la dirección del derrotero que va sugiriendo el movimiento corporal, busco y me adentro lo más que puedo, esta vez.

=Lo hago en un constante chequeo y ajuste a las sensaciones en el cuerpo.

-Ayuda intervenir con preguntas desencadenadoras:  
=¿Qué es lo peor de todó esto? ¿Qué es lo que más me molesta? ¿Cómo me sentiría si no tuviera ese problema?

=¿Cuándo me ha pasado esto otra vez?; ¿quién me lo hizo? ¿cómo? etc.

(\*Cada pregunta la dejo que interpele en calma).

-Ayuda también rehacer el itinerario seguido hasta este punto. Repetir los pasos que se han ido dando.

#### **4. Hallazgo**

-Por medio de la fidelidad a los cambios corporales, puedo desembarcar en el punto de emisión -al nivel que puedo llegar esta vez- detectando qué es lo que en realidad me molestaba, me estaba haciendo sentir mal.

=Sólo hacer esto genera un gran alivio. El cuerpo da un asentimiento positivo. Descubre dónde está el origen de ese malestar.

-Cada sesión tiene su punto de hallazgo. Esto se da, de alguna manera, escalonado. Al trabajar un mismo fenómeno se puede percibir cómo se está avanzando en la profundidad y el "punto de emisión" es cada vez más delineado.

#### **5. Integración-avance**

-Dejo que me habite lo encontrado. Que suba el volumen. Lo repito lentamente.

-Intento aprender a "habérmelas con el problema".

=Regla práctica:

+Estar, el mayor tiempo posible, frente a la sensación en su volumen más alto, que pueda "resistir" en ese momento.

-El manejo del problema -y por tanto el avance- tiene varios pasos:

=Aceptar que eso está ahí. Quitarle los connotados morales. Eso existe, no es ni bueno ni malo, simplemente está en mí. Es un proceso de perder el miedo:

=Aprender a convivir con ello: primero tal vez como con un enemigo, luego con alguien que es compañero por un largo tiempo de mi ruta. Finalmente como alguien que acepto y eventualmente podré controlar.

-Vislumbrar cuál será la actitud posterior, el próximo paso -pequeño, simple- que se impone por sí mismo. No el que yo quisiera sino el que "puede" darse.

-Las ventajas del "focusing" residen en que:

=Ayuda a modificar el cuerpo frente a los problemas.

=Estos se reducen a un tamaño cada vez más manejable.

=El resultado ideal:

+Aprender a manejarse con lo que no puedo modificar.

+Reducir y quitar lo que sí puede desaparecer.

### **Nota:**

-El "focusing" se puede hacer con igual o tal vez más éxitos sobre sensaciones positivas. El esquema metódico es el mismo pero centrándose sobre lo positivo. Esto es lo que nosotros llamamos "beber de nuestro pozo". Siempre se pueden hacer enfoques sobre ello. Más aún, lo hemos encontrado como fuente de crecimiento muy importante. En el fondo es preparar una experiencia con el Señor que está en lo más hondo nuestro.

-El que acompaña tiene que mantenerse en una actitud de suma atención a todo lo que le acontece al acompañado. Todo movimiento, toda palabra tiene un gran mensaje. Hay que descifrar lo que significa. Por eso él mismo se deja guiar por lo que va sintiendo el que está realizando el "focusing". El arte consiste en saber proponer la pregunta debida; la pregunta que desencadene una mayor profundización. Se debe evitar, con todo, el acelerar al acompañado con demasiadas preguntas, de manera que experimente atosigamiento.

-El mejor resultado se logra teniendo un acompañante. Sin embargo, el enfoque puede hacerse solo. Lo que yo sugiero, en ese caso, es que se vaya escribiendo lo que

se va experimentando, de manera que vaya quedando consignada la ruta realizada, como también lograr un tipo de confrontación objetiva que ayude a dejar que las sensaciones puedan plasmarse con la mayor nitidez, frescura y justeza posibles.



## **2. GUIA DE REFERENCIA PRACTICA DEL DISCERNIMIENTO**

### **Presentación:**

Se ofrecen acá unas páginas que pretenden ser una Guía de Referencia Práctica del Discernimiento. El fin es bastante pretencioso: poner en pocas líneas algo que sea práctico y que no sea, por otra parte, simplista.

Obviamente el material que se ofrece compendia, por decirlo así, nuestro artículo sobre el discernimiento: "La osadía de dejarse llevar" que publicara la Revista Diakónía.

Todo lo que facilite el encuentro con la voluntad del Señor para convertirnos en instrumentos más ágiles en la construcción del Reinado de Dios me parece muy importante. De ahí que de manera sucinta compendiáramos un material de suyo bastante complejo.

### **A. Discernimiento: las fuerzas en juego y su expresión**

Lo primero que salta a la vista es que el discernimiento me descubre el papel del BE, el comportamiento del ME y mi propia actuación libre. Los espíritus (BE y ME), con todo, se expresan en fuerzas o impulsos -por una parte- y en expresiones o vehículos, por otra. Estos impulsos los denominamos mociones (BE) y tretas (ME), mientras que a los estados espirituales o expresiones los conocemos como consolaciones y desolaciones.

## **1. Definiciones**

### **a. Las fuerzas espirituales**

Los impulsos que brotan del BE los denominamos "moción" y con ello significamos todo lo que nos lleva hacia el Señor y su Reino, en general. Por el contrario se denomina "treta" todo aquello que nos orienta a lo contrario: apartarnos de Dios y de su Reinado.

### **b. Los vehículos de esas fuerzas.**

Esos impulsos se vehiculan o se expresan en dos estados básicos: la consolación y la desolación (luego también se puede incluir el Tiempo Tranquilo). En sí no son ni moción ni treta, pueden servir a ambas.

#### **Consolación:**

Cuando se experimentan movimientos internos por los cuales uno se siente lleno de amor al Señor; cuando se tienen deseos fuertes y lágrimas por las cosas de Dios u ordenadas en la construcción de su Reinado. Todo aumento de fe, esperanza y amor es consolación; lo mismo que toda alegría interna (EE 316).

#### **Desolación:**

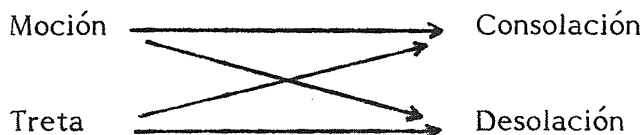
Todo lo contrario a lo anterior: oscuridad, turbación, inclinación a las cosas del espíritu de este Mundo. Inquietud, movimientos a desconfianza y pérdida de esperanza; sensación de tibieza y tristeza; sentimientos de estar como separados de Dios (EE 317).

## **2. Interrelación de ambos factores**

Como lo da la experiencia, las fuerzas en juego (mociones y tretas) pueden expresarse bien sea por consolaciones o por desolaciones, ya que estas últimas simplemente vehiculan los impulsos espirituales. Se da un traslape de ambos factores pero no una identificación.

## IMPULSOS

## VEHICULOS



### 3. Regla básica del discernimiento

Aunque después las reglas para discernir se compliquen más, podemos, sin embargo, afirmar que, dada la naturaleza de las fuerzas en juego y los vehículos empleados, todo discernimiento se puede reducir a saber dar razón de esta doble pregunta:

1. ¿Qué experimento?      Clave consolación/desolación.
2. ¿A dónde me lleva?      Clave moción/treta.

### B. Estados Espirituales

En la vida del espíritu es muy importante saber distinguir claramente lo que es un "estado espiritual" de un estado fisiológico (dolor, por ejemplo) o síquico (depresión, ansiedad, etc.). Con mucha facilidad podríamos llamar "desolación", algo que no es sino una simple depresión, que **todavía** no tiene nada que ver con una óptica espiritual. Así también pudiera ser fácil denominar "consolación" a algo que puede ser un bienestar personal o fruto de una euforia.

Un "estado espiritual" es aquella sensación, aquel talante, (positivo o negativo) que recibe una interpretación de ese fenómeno en clave de los espíritus, (BE y ME).

Ahora bien, ese talante ("mood") puede configurarse de dos vertientes: una, la propiamente personal, que viene provocada de fenómenos fisiológicos y/o síquicos; la otra, la que deriva de acontecimientos biográficos, históricos, positivos o negativos, que influyen en la persona y provocan

ciertos sentimientos y ánimos.

La interpretación de este "ánimo" es materia prima para la acción de los espíritus. Se puede dar una lectura por parte del BE -moción- de algo agradable como también de una sensación dolorosa o trágica, o, puede darse lo contrario. De tal manera que el estado de ánimo (positivo o negativo) puede derivar en algo que puede llegar a ser moción o treta, según fuere su derrotero.

---

### ESTADO ESPIRITUAL=

---

Situaciones personales y/o Situaciones históricas + Interpretación espiritual

Fisiológica y/o síquica                      Positivas o Negativas                      Moción o Treta

---

## **C. Epocas espirituales y proceso personal**

### **1. Epocas espirituales**

San Ignacio habla de "semanas" para designar dos cosas:

- a. La manera de ataque del ME (descarado 1ª o encubierto 2ª).
- b. El nivel en el proceso espiritual de una persona:
  - los que van "de pecado en pecado mortal"
  - los que van intensamente purgando y de "bien en mejor subiendo" (EE 315).

Esto nos indica que aunque básicamente el criterio para hablar de épocas espirituales es la acción del ME, hay que tener también en cuenta el nivel en el proceso por donde es conducida una persona. Esto último está orientado para ver sobre todo la acción del BE.

Así por ejemplo, al comienzo el BE sólo se presenta en forma de consolación, **poco a poco se empieza a dejar**

sentir también en prueba y desolación (EE 320).

## 2. El papel de la Consigna

Para poder tener en verdad una experiencia de discernimiento se precisa haber tenido una profunda experiencia de fe y especialmente del papel de los espíritus. Esto se suele dar en un Mes de Ejercicios o en un retiro de 10 días llevado en serio.

Es sólo en ese contexto donde se puede desentrañar con claridad la convergencia de los impulsos por donde el Señor nos quiere llevar; las mociones que van apuntando a una que hegemoniza todas las otras. **La vivencia de la formulación en palabras de esa moción hegemónica que ya actúa eficazmente en la vida es lo que denominamos "consigna".**

La Consigna se convierte así en un gran criterio para discernir, porque es tener siempre en cuenta la línea por donde el Señor ya nos lleva a cada uno.

## D. Discernimiento de la consolación

En la vida interior se da el hecho de que fenómenos consolatorios pueden tener como fuente originante una situación personal, la acción del BE o del ME. ¿Cómo poder, entonces, hacer una discreción de esos fenómenos espirituales?

### 1. Discreción de la consolación

Lo más eficaz para discernir una consolación es poder verificar su derrotero: a dónde me lleva esa consolación. Si me acerca a las cosas de Dios, si me aproxima a lo que denominamos Consigna (moción hegemónica efectivamente experimentada en mi proceso espiritual), es claro signo de que la consolación viene de Dios.

Sin embargo, **considerando únicamente lo que experimento** ya podemos deducir si esa consolación viene de Dios o es algo provocado por el ME. Veamos cómo.

## 2. La falsa consolación

Una consolación es falsa cuando teniendo características consolatorias, se da, con todo, una especie de "obnubilación"; hay un "encandilamiento" que atrae pero confunde a la vez.

Una consolación es falsa, cuando se engasta en ideales exagerados y/o en fervores indiscretos. Por esto es muy conveniente que cada uno conozca el elenco de fervores indiscretos y de ideales que le son recurrentes.

### Características de un ideal exagerado:

- a. Siempre se aprovecha de una cualidad personal. Se disfraza de lo mejor que uno tiene, lo que más me identifica: "sub angelo lucis".
- b. Hay un tono de idealismo. No es fácil implementar lo propuesto.
- c. Por atender al "discurso" pierdo el tiempo presente en aras del futuro. Se desaprovecha el compromiso actual por el venidero.
- d. Se suele dar la tendencia -velada- a convertirse en juez y criterio de verdad respecto a los demás.
- e. El punto final es el endiosamiento, la soberbia que aparta radicalmente del plan de Dios y de su Reino.
- f. Un efecto sociológico: este ideal o fervor, tiende a vacunar a los demás. En vez de provocar deseos de imitación genera rechazo a la línea propuesta.
- g. Los ideales exagerados tienen como expresión un "discurso"; cuando se apoya en algo sensible, se convierten en "fervores indiscretos".

En la falsa consolación además **hay un descenso** en la fe, la esperanza, el amor y la solidaridad. Se da un distanciamiento de las actitudes que emanan de la Consigna.

## 3. Consolación verdadera

Se dan todas las características del fenómeno consolatorio, pero crece la solidaridad, el interés por el Reinado

de Dios. Sobre todo, se da una **honda paz**:

- Fermento del crecimiento espiritual.

- Signo indiscutible de la presencia del Señor.

#### 4. **¿Qué hacer frente a la consolación?**

Consolación de Dios.

Ante la consolación del Señor, lo que toca es procurar agradecerla, y pedir que se internalice en nosotros el impulso que conlleva. En la consolación es el tiempo para renovar los deseos fundamentales; de recordarnos del "amor primero".

Falsa consolación.

Lo indicado en la falsa consolación es que una vez que ésta se detecte tomar los pasos pertinentes a vencer una treta de 2ª época, (cfr. apartado 6), es decir:

Una vez descubierta la presencia del ME,

- Cotearlo con el director.

- No dialogar nunca con ese "discurso" o "fervor" sin un testigo autorizado.

- No hacer mudanza de los propósitos anteriores.

- Hacer el oppositum.

#### **E. Discernimiento de la desolación**

Como ya señalábamos, en la vida espiritual se dan situaciones que presentan las adjetivaciones de la desolación y que tienen diversos orígenes: la situación personal, la acción del BE y el papel del ME.

La manera más sencilla de discernir el origen de una desolación es detectando su derrotero. Si me lleva a las cosas que van contra el Reinado de Dios y su implantación, si me lleva a generar en mí la soberbia, señal es del ME; si, por el contrario, una desolación me hace pedir con más insistencia, o me llama a la conversión y a la solidaridad con los pobres, es claramente signo de la acción de Dios en mí. Pero **examinando detenidamente lo que experi-**

**mento**, se puede llegar a hacer la discreción de la desolación por sí misma.

## **1. Discreción de las desolaciones**

Antes que nada, para evitar malos entendidos, denominamos "prueba" a la desolación que proviene del Señor. Tanto la desolación como la "prueba" pueden presentar los rasgos de obscuridad, turbación, inquietud, desconfianza, sensación de abandono y tristeza (EE 317).

---

DESOLACION	PRUEBA
-Características desolatorias	Características desolatorias
-Quita la paz de raíz	En el fondo hay paz
-Menosprecio personal y de los demás.	
-Sin fuerzas naturales	Con fuerzas naturales y gracia suficiente.
-Me separa de la Consigna	Me acerca a la Consigna

---

Una desolación es simplemente un "estado psicológico" -depresión, por ejemplo-, cuando no se da una lectura interpretativa de esa situación en clave espiritual.

## **2. ¿Por qué razones nos prueba Dios?**

San Ignacio (EE 322) da varias razones por las cuales el Señor nos hace experimentar la Prueba:

- Por ser negligentes o tibios en la vida del espíritu.
- Para probarnos para cuánto somos sin tanto consuelo espiritual.
- Para que comprendamos que todo es gracia, y lo recibido es un regalo.
- Además -añadimos- la prueba nos permite la participación solidaria con el dolor de los que sufren y de



los empobrecidos en donde está Jesús.

-Es el enmarque histórico de nuestras heridas, de nuestras fragilidades, con el dolor del mundo.

En todo el proceso es muy importante **desentrañar el modo de la prueba** porque ello nos puede indicar qué cosa quiere el Señor que corrija. El medio que utiliza es el mensaje que quiere trasmitirme.

### 3. ¿Qué hacer frente a la desolación?

Cuando es una prueba: (en sí es una moción).

-Descodificar el significado de la prueba destacando los sentimientos sentidos.

-Reconocer, desde el principio, que por nosotros mismos no somos nada en la vida del espíritu.

-Que todo es don: también la prueba.

-Alargarnos en generosidad y en humildad.

-Agradecerle por llevarnos así, por dejarnos participar en su dolor y en el dolor del pueblo.

-Comenzar a caminar por donde nos indica su "mensaje".

Cuando proviene del ME: (en sí es una treta).

-No hacer mudanza de los propósitos anteriores.

-Por el contrario, mudarse contra la desolación.

-Descubrirlo al director.

-Tener paciencia.

-Confianza en el Señor que ha vencido al Mundo y al mal (Jn 16,33).

### F. Estudio de las tretas: la acción del ME.

COMPORTAMIENTO ME	PRIMERA EPOCA	SEGUNDA EPOCA
Expresión:	1. Sentimientos (315)	1. Razones aparentes (329)
	2. Razones	2. Sentimientos, actitudes.

Engaste:	Heridas (327) Instintos	Fervores (332) ideales exagerados.
Prevalencia:	Desolación (315)	Falsa consolación (331)
Estrategia:	Derrumbar (317)	Minar a largo plazo (332).
Táctica:	Complicidad (326)	Camuflaje (329)
Tentación:	Malo evidente (317)	Bueno en sí, malo para mí (332).
Signos:	Perceptibles (317)	Encubiertos: Sub angelo lucis (332).
Efectos:	Malestar, desaliento (317) tristeza, desesperación	Confusión, pusilanimidad (333). arrebatos, obnubilación.
Talante:	Cobarde, se crece en la caída (325)	Taimado, desgasta poco a poco (333)
Se le vence:	-Desmontando la treta. -No hacer mudanza (318). -Haciendo opposi- tum (319). -Descubriéndolo (326). -Teniendo pacien- cia (321).	<u>Detectarlo:</u> 1. Descubriendo men- guas en interés, en sen- tido de la Consigna (333). 2. Cómo las "razones" me cambian actitudes de mi Consigna. 3. Estudiando trayecto- ria del discurso (334).  <u>Atacarlo:</u> 4. Cotejarlo con el di- rector. Compartir el discernimiento. 5. No dialogar nunca, sin testigos. 6. Una vez descubierto, se puede emplear el

## G. Elementos fundamentales en todo discernimiento

A continuación presentamos los aspectos que deben acompañar todo discernimiento espiritual. Aunque es cierto que la regla básica era enfocar: 1º Qué experimento y 2º A dónde me lleva, los pasos que ofrecemos ayudan a poder hacer mejor la discreción de espíritus. El orden seguido no tiene importancia, lo que parece necesario es que se tomen en cuenta en el proceso, sabiendo que hay casos -como el examen de la oración- que, por su naturaleza, no requieren el empleo de algunos aspectos.

### 1. Descripción de lo experimentado

-Lo importante aquí es poder describir de la forma más completa qué es lo que me pasa. En primer lugar señalar si es:

=Una sensación (si es treta, probablemente, será de 1ª época).

=Un discurso (si es treta, probablemente, será de 2ª época).

-El sólo hecho de hacer esta diferencia es bastante iluminador. En el caso de las tretas, puede comenzar a orientar la discreción de espíritus, **aunque sólo esta distinción no basta.**

### 2. Las circunstancias; la ocasión de esa experiencia

-Lo clave en este apartado es recordar que de ordinario los acontecimientos espirituales vienen provocados por mediaciones históricas y humanas. ¿Con ocasión de qué se me suscitaron esos sentimientos o pensamientos?

-Es iluminador poder hacer relación a lo que hemos denominado: **Babilonias o Jerusalenes.** A ver si lo que me acaece tiene que ver, de una manera casi mecánica, con

ciertos lugares, redes sociales, cosas, personas, etc...

### 3. Origen sicológico

-La razón para incluir este aspecto es para ayudarnos a desmontar las tretas, atribuyéndole a cada dimensión (la ocasión, la acción de los espíritus, la propia psicología) su causalidad. De ordinario las tretas se aprovechan de la estructura síquica:

=De las heridas, y de los instintos exacerbados: 1ª época.

=De los ideales exagerados y fervores indiscretos: 2ª época.

-En la medida en que puede **detectarse la conexión, la treta pierde peso en sí misma**: se llega a comprender mejor, por qué razones toman esas tretas tanta resonancia en mi interioridad.

-De ahí que sea muy útil tener bien claro cuáles son las heridas y las tendencias a los fervores indiscretos; casi siempre seré atacado por ahí...

### 4. El Derrotero

-Es el momento propiamente espiritual del proceso. Si me lleva a lo de Dios y a su causa, señal es del BE; y lo contrario.

-El papel de la Consigna como criterio de discreción de espíritus es definitivo.

### 5. La reacción

-Es el momento propiamente "moral" del discernimiento. Aquí se evalúa el papel de la libertad para aceptar o no a lo que se me impulsa.

-Básicamente las reacciones -tanto para mociones o tretas- pueden clasificarse en: acogida (alianza, pacto), rechazo, poca atención, desconfianza. En fin, toda la gama de reacciones que solemos tener para con las personas a nuestro alrededor...

-Pero la reacción que de verdad debe tomarse en cuenta

no es la que se queda en buenas intenciones, sino "la que hace historia". **¿Cómo puede hacer historia una reacción?**

En el caso de una moción.

-¿A qué acciones concretas me ha llevado?

En este sentido, sin caer en voluntarismos, es importante proponerse pequeños pasos que puedan tomarse al comienzo como "práctica", hasta lograr, gracias a la fuerza del Señor, dejar brotar la humanidad nueva.

En el caso de las tretas.

La "buena reacción" está en relación directa a la aplicación de las reglas adecuadas para cada época espiritual.

## **6. El cotejamiento del discernimiento**

-Vale la pena insistir que ningún proceso de discernimiento es válido a no ser que se coteje con alguien eclesialmente autorizado. Es ésta la primera manera de experimentar lo que Ignacio llamaba "confirmación", pero en el plano más sociológico y eclesial. Los movimientos espirituales son para construir Iglesia como plataforma vital en la construcción del Reinado de Dios.

-En la vida religiosa hay mucho espacio para el discernimiento; más todavía en la Compañía. Sin embargo **frente a la obediencia, frente a una orden ya dada**, no cabe ya otro discernimiento que ponderar si "represento" o no.

-Un posible constante choque entra "mi" discernimiento y el de la Compañía tendría que indicarme que quizás debo servir al Señor de otra manera...

---

## NOTAS:

1. El artículo supone, por tanto, un conocimiento de la espiritualidad ignaciana y de sus principales fuentes: Los Ejercicios Espirituales (EE), las Constituciones de la Compañía de Jesús (Const.), la Autobiografía, el Diario Espiritual, y las cartas (Epp.). Este material se encuentra básicamente en las Obras Completas de San Ignacio, en la edición de la BAC. Algunas de las cartas, con todo, sólo están editadas en Monumenta Historica Societatis Iesu. Salvo en la referencia al epistolario ignaciano, las otras citas pueden encontrarse en la edición de la BAC.

Nos eximimos, por tanto, de las aclaraciones concernientes a la terminología ignaciana, dando por supuesto un conocimiento básico.

2. Hay que recordar la actualidad de los criterios apostólicos que Ignacio postula en la parte VII de las Constituciones de la Compañía: Ir donde hay mayor necesidad, donde hay más deuda, en donde se puede hacer el bien más universal, donde se puedan realizar las tareas que otros no pueden todavía hacer (principio de vicariedad), trabajar con agentes de cambio, en obras integrales (que se ocupen de lo espiritual y de lo material al mismo tiempo) y donde se consiga mayor durabilidad. Todos estos criterios, puestos en terminología más en boga, ofrecen un interés estructural por incidir en la historia (cfr. Const. 621-623).
3. Hemos encontrado muy interesante los criterios de discernimiento que establecen Barry & Connolly (op. cit., pág. 103 ss) y que complementan los que hemos trabajado hasta ahora. Los autores no los estructuran de este modo, pero básicamente los cinco puntos representan -a nuestro entender- su línea de pensamiento.
  1. Comparar la nueva experiencia con una que tengo por cierto que viene de Dios.
  2. Ponderar la "calidad" del sentimiento o del discurso: ver si da paz profunda y sobre todo si abre la posibilidad de dialogarlo con el Señor, de presentárselo a Dios.

3. Tener en cuenta que los frutos van en racimo, siempre con una unidad fundamental, en donde hay integración. Las cosas recibidas de Dios, no se contradicen internamente unas con otras.

4. Verificar en lo que se discierne si se percibe "el modo de Dios". Recordar la frase de San Martín (Obispo y Mártir, Siglo IV): "Sólo creeré que es Cristo si lo veo llevando las vestimentas de la pasión".

5. Indicadores externos de contrachequeo de los sentimientos internos:

-Cómo está respondiendo, de hecho, a su núcleo de referencia (familia, comunidad, equipo, etc.).

-Cómo acepta o no escucha "otras voces".

-Cómo atiende, especialmente la voz de la autoridad eclesial.

4. Véase, por ejemplo, el excelente libro de E. Gendlin, *Focusing*, Bantam Books, 1982, en donde el autor invita constantemente a que sean las sensaciones las que emerjan para que ellas, gracias a la repercusión corporal que producen, nos vayan indicando lo que de verdad origina el malestar global, la mayoría de veces difuso; eso que el autor llama **felt sense**. Este libro ofrece un método muy sencillo de autoayuda, como también de medios para poder brindar un acompañamiento en el orden psicológico. A raíz de esta orientación hay una serie de publicaciones y centros -también de espiritualidad- que emplean el "focusing" con mucho éxito, por ejemplo **Kairós**, que es una publicación de "focusing" y vida espiritual. En el apéndice presentamos una aplicación del método de Gendlin, que hemos utilizado con mucho éxito.